

SEMANARIO INDEPENDIENTE
(Depósito legal: M. 7-1964)

AÑO IV - NUM. 197 - 7 OCTUBRE 1967

DIRECCION Y REDACCION: Lagasca, 121. — MADRID-6. — Teléfono 261 37 97.

ADMINISTRACION: Dr. Cortezo, 1. MADRID-12. — Teléfono 230 39 00.

Empresa editora («Revista ¿QUE PASA?»), REQUEPA. Lagasca, 121. MADRID-6. Teléfono 261 37 97.

Imprime: Sáez. — Hierbabuena, 1. — MADRID-20.

PRECIOS DE VENTA Y SUSCRIPCIONES PARA ESPAÑA

Número suelto	10 ptas.
Suscripciones:	
Semestre	225 ptas.
Anual	400 »
PARA EL EXTRANJERO	
Hispanoamérica, Portugal y Marruecos, suscripción anual	525 »
Países de Europa, suscripción anual	725 »
Resto del mundo, suscripción anual	900 »

DIRECTOR:
JOAQUIN PEREZ MADRIGAL

LEA EN ESTE NUMERO:

10 PTAS.

CORRESPONDENCIA "CONFIDENCIAL"

DEL DIRECTOR A LOS LECTORES

DON RAFAEL GUTIERREZ, DE MADRID.—La experiencia nos impone no publicar cartas de queja o de denuncia sin el previo requisito de la identificación del quejoso o denunciante. Por eso no publicamos su «piadosa» y «patriótica» reclamación, aunque por su contexto se deduzca cimentada en la verdad.

DOÑA MARIA PALMIRA BELTRAN, DE VILLAVIEJA.—Toda la prensa nacional, salvo excepciones honrosas, ha publicado lo que tan justamente levanta sus protestas. ¡Sí, señora! Los participantes en la XVI Convención de la Iglesia Baptista Española, celebrada en Albacete, **«acordaron dirigirse por escrito al señor gobernador, testimoniándole su simpatía por el mensaje enviado, que fue subrayado con grandes aplausos al ser leído».**

Son los nuevos tiempos. No se deben silenciar, aunque se respeten y protejan por las leyes civiles, los actos religiosos y sociales de nuestros «hermanos separados». Ellos profesan principios y doctrinas que aconsejan la «separación». Conviene, sin embargo, propagar y difundir sus actividades religiosamente disociadoras. Por eso la prensa nacional, católica y ecuménica, constantemente informa respecto de los actos de culto y «sinodales» de las iglesias «protestantes», e incluso gobernadores del Reino Católico, como el de Albacete, se congratulan de contemplarlas tan firmes y deliberantes en la profesión y práctica de su religión separada, que no religa, sino que desliga.

Es, sin duda, la bien meditada política que necesitamos hacer los católicos: felicitar por sus asambleas y trabajos a los católicos para conseguir que los gobernadores de esas sectas feliciten y alienten con sus bien escritos mensajes de simpatía al Episcopado español cada vez que se reúnan los obispos de la Iglesia Católica Apostólica Romana para afirmar en la tierra el Reino de Cristo a través del Magisterio de la **UNICA VERDADERA IGLESIA.**

Ni doña María Palmira, ni nosotros, alcanzamos a comprender los móviles y el alcance de esa política. Por eso, evidentemente, venimos padeciendo tantísimo.

DON P. B. I., CASTELLON DE LA PLANA.—«Incunable» es una «revista sacerdotal», avalada por la eclesiástica autoridad episcopal de Salamanca. Del artículo titulado «¿Una sociedad cristiana?», que nos envía usted y que publicaba el diario «Pueblo» para ver si estallaba la dinamita del artículo de Salvador Blanco Piñán, aparecido en la sacerdotal y salmaticense «Incunable», ¿qué quiere usted que le digamos? Tan sólo que el diario «Pueblo», como órgano del nacional-sindicalismo, propulsor natural y legítimo de una mejor justicia social en base de una distribución de la riqueza más equitativa y cristiana, cumplió a sus fines ideológicos específicos reproduciendo, en incisivo y explosivo resumen, el estadístico, demagógico, demoledor trabajo que publicara en «Incunable» el señor Blanco Piñán.

Es realmente incomprensible e inexplicable que «Incunable», **revista sacerdotal**, que en el ámbito puramente religioso constantemente se manifiesta proclive al error y al extravío, extienda sus desmandamientos, hasta hace poco teológicos y eclesiales, al campo de las profanaciones habituales, cuales son las armas dialécticas del revolucionario y del demagogo en el mundo de la política social, de la justicia humana, del capitalismo liberal y de su economía de avarientos Epulones y de Lázaros menesterosos por explotados y desposeídos.

Lo que publicó en «Incunable» el señor Blanco Piñán, que reprodujo el diario «Pueblo», refocilándose, y que usted, señor B. I., nos envía justamente escandalizado, nos plantea un problema de conciencia como católicos y como ciudadanos. ¡Y qué problema! «Incunable», **revista sacerdotal,** no nos inspira, como católicos íntegros que somos, ninguna confianza. Doctores tenemos en ¿QUE PASA? que han denunciado repetidas veces sus delirantes evasiones de la Verdad. Pero «Incunable», **revista sacerdotal,** alternando con las **revistas clasistas,** con las **revistas laicas,** con las materialistas del marxismo y de la lucha de clases, parece irrumpir en el palenque específicamente ajeno y antagónico al ministerio sacerdotal de Cristo; y se pone, desafiando las previsiones y la autoridad del César, a reavivar en la plaza pública las hogueras revolucionarias hace varios lustros extinguidas... Y esto es gravísimo. Porque una **revista sacerdotal** como «Incunable», respaldada por el señor obispo, no puede hacer política temporal y menos apelar para ello a la falacia. Y mucho menos puede proporcionar explosivos dialécticos a la demagogia, elaborada a base de datos estadísticos y de guarismos sin demostración.

Como católicos, pues, y también como españoles, nos enfrentamos con este problema: «Si es verdad lo que, como **revista sacerdotal,** escribe en «Incunable» el señor Blanco Piñán, tendremos que aceptar que en la católica España la Iglesia de todos los siglos, bajo todos los regímenes, nos descristianizó, nos apartó de Cristo, nos paganizó. ¿Cabe mayor tormento que tener que reconocer tan desgarrador destino? ¡Ah! Pero si lo que dice Blanco Piñán en «Incunable», **revista sacerdotal,** avalada por la autoridad episcopal, fuese mentira, como ciudadanos españoles tendríamos el sagrado deber de reclamar severísimas sanciones contra quienes han proferido y difundido tan gravísimos ultrajes contra la Iglesia Católica en su apostolado de siglos y contra las potestades de esta Monarquía Católica, Tradicional, Social y Representativa.

En resumen, ¿es verdad o es mentira lo publicado en «Incunable», **revista sacerdotal,** y reproducido por «Pueblo», diario nacional-sindicalista? No somos nosotros, por carecer de autoridad y de medios, los llamados a determinarlo.

A UN ARAGONES MUY ESPAÑOL, ZARAGOZA.—Nos dice usted, al final de su extensa defensa de la actitud de «los ocho de Munguía», lo siguiente: «**¿Será capaz de publicar este escrito? Ya, ya, ya... No le interesa».** Y añade tan tranquilo: «Perdone que no lo firme. «¿Para qué?» Pues para eso, señor, para publicarlo a su honra y responsabilidad.

DON ANDRES DURAN DE ISLA, VALENCIA.—Nos perdonará usted si reducimos los cinco folios que nos envía para informarnos de su angustia, y sólo publicamos de su informe los dos «documentos», mejor dicho, el «documento sagrado», que lo ilumina, y el «lamentable testimonio periodístico», que si ha dado motivo a su santa desazón, no la justifica, ni muchísimo menos.

No existe motivo alguno para el miedo y en modo alguno para que le atormente la desesperanza.

Su Santidad Pablo VI pronunció en la ceremonia inaugural del Sínodo Episcopal las siguientes magistrales palabras:

«La solicitud por la fidelidad doctrinal, que fue anunciada al comienzo del reciente Concilio de una manera tan solemne, debe, por tanto, guiar este período nuestro posconciliar, y con tanta mayor vigilancia por parte de quien en la Iglesia de Dios ha recibido de Cristo el mandato de enseñar, de defender su mensaje y de custodiar el «depósito» de la fe cuanto más numerosos y más graves son los peligros que hoy la amenazan... Peligros enormes a causa de la orientación irreligiosa de la mentalidad moderna y peligros insidiosos que del interior mismo de la Iglesia se insinúan por obra de maestros y escritores deseosos, eso sí, de dar a la doctrina católica una nueva expresión, pero a menudo más deseosos de acomodar el dogma de la fe al pensamiento y al lenguaje profano que de atenerse a la norma del magisterio eclesiástico; dejando así libre a la opinión de que olvidase las exigencias de la ortodoxia, se pueden escoger las verdades de la fe que a juicio de una instintiva preferencia personal parecen admisibles, rechazando las demás, como si se pudiesen reivindicar los derechos de la conciencia moral, libre y responsable de sus actos, frente a los derechos de la verdad, sobre todo los de la divina revelación, o como si pudiera someterse a revisión el patrimonio doctrinal de la Iglesia para dar al cristianismo nuevas dimensiones ideológicas, muy diversas de las teológicas, que la genuina tradición delineó con inmensa reverencia al pensamiento de Dios.»

¿Acaso no son esas palabras, impresos a divino fuego en la mente subordinada de los obispos congregados, un óptimo canto a la guarda, defensa y robustecimiento de la fe, fuente limpia y procelosa de la esperanza y de la caridad?

Pero usted, amado don Andrés, se manifiesta accesible, por lo visto, a **las orientaciones y los peligros que se insinúan hasta en el interior de la Iglesia por obra de maestros y escritores deseosos de acomodar el dogma,** y todo lo que sea, **a una nueva expresión,** en este caso las tareas del «aggiornamento» de la Iglesia después del Concilio.

Créanos usted, señor Durán de Isla. Su Santidad el Papa Pablo VI goza de plena salud y ejerce su Pontificado con inquebrantable fortaleza. ¿Se puede hablar de un Papa, para anublar su luz, frenar o apagar su aliento, quebrantar o menoscabar su autoridad y su obra, relacionando todas esas potestades sobrenaturales, eternas, con el proceso fisiológico de una infección renal?

Pablo VI es y está sano, fuerte, inmortal. ¿Qué? ¿Que el padre Martín Descalzo, cronista de la ceremonia inaugural del Sínodo Episcopal, nos describió al hombre y sus achaques? Es cierto que describió eso. Así nos informó:

«Yendo más en profundidad, diremos que otra de las grandes preguntas era hoy la salud del Pontífice: ¿Resistiría Pablo VI la larga y cansada ceremonia? Me gustaría poder ser más optimista, pero he de confesar que he encontrado al Papa muy débil y cansado. Su voz, sus gestos, tenían menos de la mitad de su vieja energía. Su rostro pálido —a pesar del claro maquillaje— se ha agudizado. Su nariz tiene más aspecto de pájaro. Su frente ha ganado nuevas arrugas. Al abandonar la basílica —chorreando sudor—, el rostro de Pablo VI era el de un hombre enfermo. No quiero ser alarmista con todas estas frases, pero debo contar las cosas como las he visto.»

¡Arriba los corazones! Si el padre Martín Descalzo, en ceremonia tan solemne, y después de haber oído las palabras del Vicario de Cristo, **vio las cosas así,** como las cuenta, allá él... Nosotros vimos y oímos al Papa. Y le contemplamos pletórico de energía, erguido, viril, opulento y magnífico, llamándonos a todos a la defensa de la fe y a preservar a la Iglesia de los peligros que la socavan.

Es verdad que el hombre Juan Montini, pasajeramente afectado por una dolencia física, que será superada, es un eslabón humano más de la cadena de santos y de sabios que fueron y serán llamados a ser la **«encarnación mística»** de Cristo, imperecedera representación viva y sobrenatural que sin solución de continuidad, sin enfermedades, ni muertes, viene adoctrinándonos y santificándonos desde San Pedro a Pablo VI.

El hombre Juan Montini está enfermo, es verdad. Pidámosle al Señor y a la Santísima Virgen que restituyan la salud, el vigor, el equilibrio funcional de sus potencias físicas al hombre Juan Montini. Pero alegrémonos de que su espíritu, que es el del Papa, que es el de Pablo VI, que es el de Cristo, se manifieste y siga manifestándose como lo ha hecho —pleno de salud, vigor, templanza, sabiduría y fortaleza— en la inauguración del Sínodo Episcopal y en cuantos trances delicados y encrucijadas sombrías ha tenido que afrontar para detener sus avances al enemigo de fuera y de dentro de **SI MISMO,** que es la **IGLESIA UNICA VERDADERA.**

Cosas a tener presentes, si queremos dirigentes

Por MANUEL DE SANTA CRUZ

Los dos temas que más me atraen la atención en este mes de octubre: el comienzo del curso escolar y las elecciones; son independientes entre sí, pero tienen, sin embargo, un vínculo profundo: todo lo referente a la formación de dirigentes. Esta es la más alta y noble meta de la enseñanza, sobre todo de la superior, y el punto de partida inevitable para la estructuración de la sociedad. En esta conexión radica una de las justificaciones del criterio de que después de la defensa nacional, la mejor inversión política es la enseñanza. Un elevado nivel cultural proporciona a la sociedad dirigentes en cantidad suficiente, y dirigidos que no son mesnadas, sino colaboradores. La mala educación de los ciudadanos es inseparable de la penuria de buenos dirigentes, y ésta, del estatismo. Con una incapacidad o deserción en masa de la gerencia del bien común, con un número exiguo de dirigentes, sólo se puede configurar una sociedad como avasallada por el Estado. En cambio, la fórmula cristiana de la tradición política española, en la que la sociedad predomina sobre el Estado, que hace poco más que coordinar y suplir la libre y espontánea dinámica natural de aquélla, es la más cara en dirigentes políticos; los necesita en mucho mayor número que cualquier otro proyecto. Entre estos dos extremos, estatismo, con un número mínimo de dirigentes, y tradicionalismo, con un máximo, hay fórmulas intermedias de compromiso con demanda variable de gente capacitada para la política.

Los que contemplan nuestra enseñanza superior no se cansan de señalar distintas dificultades que padece, y resumen en la desproporción entre el número de alumnos y el de profesores y medios. Pero hay otra, poco comentada, que es la que nos va a ocupar, porque gran cosa sería atajarla y remediarla. Es la desviación de las mentalidades de muchos hacia el libre examen, hacia el subjetivismo, hacia la independencia, hacia el autodidactismo.

«Ars longa, vita brevis». Ya los antiguos se dieron cuenta del problema de la desproporción entre lo que hay que aprender y el tiempo disponible para ello. ¡Cuánto ha aumentado esta desproporción hasta hoy! Ha hecho obsesiva la necesidad de mejorar los métodos de enseñanza, y lo ha conseguido gracias a modernos aparatos, cintas magnetofónicas, diapositivas, etc. Pero también está creciendo, con velocidad semejante, un factor regresivo, negativo, perjudicial, que es la tendencia al autodidactismo empobrecedor, y a la independencia en la resolución de los problemas humanos y personales, en las cuestiones «formativas», que son más importantes para el individuo y la sociedad que las «informativas» de ciencias experimentales y aplicadas. La tendencia a prescindir olímpicamente de la fabulosa ayuda de uno o varios maestros. Así resulta que se aprende y adelanta más fácilmente en lo técnico que en lo humano. De la disarmonía entre la formación y la información nace el tipo de hombre llamado bárbaro civilizado, y también el hombre masa. La entrada en nuestra sociedad de este fenómeno progresivo y perjudicial se debe en buena parte al acercamiento del catolicismo al protestantismo. La dejación de la autoridad docente y disciplinar y las ideas designadas genéricamente como del «libre examen» están desplazando el objetivismo, que es la mayor vinculación de la filosofía católica a la verdad, hacia un subjetivismo que aleja de ella.

Llegan estos días los universitarios a sus aulas y ya empiezan a repetir lo de la falta de textos y de profesores, lo cual es muchas veces evidente y escandaloso; sus padres les corean de buena gana y algunos buscan remedio en unas clases particulares. Las madres dicen que como el chico está creciendo —una edad muy mala— convendría darle un vaso de leche por las tardes. Lo que no dice la mayoría de estos muchachos es que además de las dificultades de profesores, textos, alimentación y transporte, tienen otras, secretas de su fuero interno, que forman un segundo frente íntimo que les muele y desgasta más que el primero, ese tan pregonado, y les entorpece vencer en él. Para estudiar bien, lo primero que hay que tener es paz de espíritu, y en la juventud a veces falta, no por causas externas, sino internas, inherentes al desarrollo de la personalidad. El hervor o la calma de la intimidad explican que chicos listos saquen malas notas y que otros de menos valía salgan adelante. El aumento de rendimiento intelectual no se halla tanto en la ingestión de vitaminas y estimulantes como en la quietud del alma, y ésta se consigue, generalmente, con la transferencia de la intimidad en un diálogo con un maestro de espíritu. Si así se mejora la capacidad para estudiar cuestiones técnicas, el método es ineludible para la formación humana. Pero vemos la paradoja de que universitarios convencidos de la utilidad de buenos textos y de buenos profesores en ciencias aplicadas, no comprenden que el autodidactismo es antieconómico, ruinoso, para su formación integral y se hacen herméticos; porque han dejado de creer en la objetividad de la verdad, han perdido el sentido de la ontología, se han pasado, insensiblemente, a las brumas anglosajonas del libre examen, se han protestantizado y, para resumirlo con una palabra necia de actualidad, se han europeizado.

No están tan lejos, como a primera vista pudiera parecer, de estos mismos defectos y peligros, los hombres ya hechos y derechos que podían haberse ofrecido para ser Procuradores en Cortes y no lo han hecho, o los que más en general, rehuyen contribuir desinteresadamente al bien común. Dos excusas predominan entre las que ofrecen: que no tienen tiempo y que se han hecho escépticos. Descontado que para lo que ilusiona ya se encuentra tiempo, la falta de éste se debe con frecuencia, en último análisis, a escasa calidad en el trabajo, y ésta, a falta de vocación bien conocida y cultivada, problema humano sí los hay; otras dificultades existenciales contribuyen también no poco. Un replanteo de la vida, cuando va ya mediada, profundizando hasta las más íntimas motivaciones haría milagros de movilización de energías; la herramienta para este trabajo de artesanía es el diálogo (en el buen sentido de la palabra), pero después de tantas contradicciones, muchos desesperan de encontrar un interlocutor decente y, como los universitarios, se hacen herméticos y autodidactas. Mal negocio que pagamos todos.

Del escepticismo hay que decir que no es limitación de la mente para conocer la verdad, sino herida del corazón sin cicatrizar. Tantos cambios injustificados como llevamos vistos han remitido a muchos a la escarmentada exclamación de San Francisco de Borja: «¡No más servir a señor que se me pueda morir!» Para esta crisis tremenda del amor a la verdad, y a la Verdad con mayúscula, ha venido haciendo Campoamor una criminal labor preparatoria, un verdadero genocidio, con aquellos versos satánicos: «En este mundo traidor, nada es verdad ni mentira; todo es según el color del cristal con que se mira.» ¡No, señor! ¡Las cosas son como son! ¡Dios es el que Es!, y no el que le gustaría al Padre Arias que fuese! ¿Qué mejor ejemplo de deslizamiento hacia el libre examen, de apertura hacia esa Europa nacida de la Reforma, que aquel artículo blasfemo que subjetivizaba a Dios?

No hace falta observar mucho para excusar a jóvenes y maduros de estas culpas. A diario sufrimos contradicciones en lo escrito y en lo hablado; entre lo que antes se dejaba hacer y se aplaudía y lo que ahora se condena; entre lo que antes se condenaba y ahora se deja hacer; entre lo que ahora mismo se manda y lo que se deja impune al mismo tiempo. Pero el hermetismo, el autodidactismo y la moral subjetiva no son soluciones frente a las vacilaciones, contradicciones y mentiras de los maestros; son rabietas defensivas, el derecho de pataleo frente a la burla. Lo que hay que hacer es exactamente lo contrario. ¿No sube la vida? ¿No encarecen las subsistencias, los transportes, todo? Pues aceptemos que también el conocimiento de la verdad nos va a costar más; no renunciemos a ello porque suba de precio, porque se dificulte su adquisición. Antes bien, esforcémoonos estudiando más, observando más, consultando más. Porque la verdad sigue existiendo, inmutable, tras los girones de niebla que la cruzan ahora.

Los estadistas nos enseñan lo que hay que hacer. Hubo un tiempo, muy remoto, en que para conocer lo que pasaba, cuestión vital, tenían un servicio de información. Cuando éste empezó a fallar, a ser insuficiente o de dudosa lealtad, no se les ocurrió decir que la información era inútil, y suprimirle, sino que, al contrario, se procuraron unos cuantos más, independientes entre sí, y de esta manera es como conocen la verdad en nuestros días. Si en tiempos del P. Remigio Vilariño se podía leer confiadamente «El Mensajero del Corazón de Jesús», ahora hay que confrontar cada número, página a página, con el Denzinger. Si antes se consultaba a un solo sacerdote, ahora hay que consultar a cinco, por si acaso. Es una lata, pero los resultados son infinitamente superiores al abandono, excusable, de la búsqueda de la verdad.

Si autores doctos mejoraran estos apuntes hasta demostrar cumplidamente cuánto van a retrasar estas influencias del mundo protestante la formación de nuestros futuros dirigentes políticos, se habría confirmado, una vez más, aquel principio del conde de Maistre de que en toda gran dificultad política late silenciosamente una crisis teológica.

Bien está el que está en su sitio

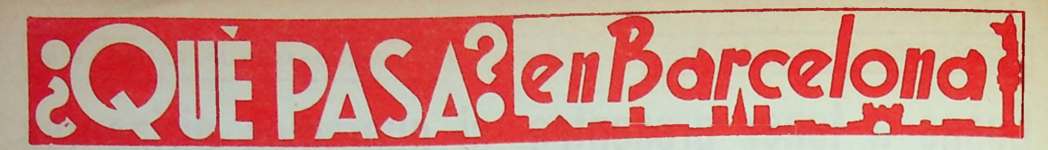
El P. Félix García, dedicado fervorosamente, esforzadamente, al apostolado sobre las más fúlgidas inteligencias de la España de nuestro tiempo, publicó el otro día en «ABC» un artículo titulado «Pemán, en Cádiz», en el que, con gracia y justicia glosaba conmovido y apologético el recoleto homenaje que los gaditanos acaban de tributar al autor de «El divino Impaciente», «La Bestia y el Angel», «Los Tres etcéteras de Don Simón» y tantas otras obras literarias y políticas de presión mayor y menor.

Aprovechó el Padre Félix la coyuntura de su glosa pemaniana para lanzar a otro este piropo:

—... J. Campmany, agudísimo y vivaz...—

Mas lo importante es que el insigne agustino remataba así su artículo: «Pero mientras tanto, bien está Pemán en Cádiz, como bien en Roma está San Pedro.»

Y como bien está en «ABC» —añadimos nosotros— el Padre Félix García.



Hablemos de un don Juan y un don Luis de la Historia, que no son los del teatro romántico

Por A. RECASENS SALVAT

ACUSE DE RECIBO

Ya es una verdadera colección las cartas que ha recibido este cronista preguntándole por su impresión y adecuado comentario a la breve estancia de don Juan de Borbón y Battemberg en el pasado agosto en Barcelona. Otros temas de actualidad y mi afección hepática que se recrudece al tratar ciertos temas, han hecho que hasta ahora no subrayara tal visita. Pero hoy, tarde otoñal, en mis breves vacaciones en Salou, me siento animado para complacer a mis amables comunicantes.

Barcelona y Cataluña entera se dolió de la presencia del sucesor de la dinastía liberal, que durante una centuria ha arruinado a España, le ha hecho perder su Imperio, malogró el gesto del general don Miguel Primo de Rivera y entregó a España por personalísima decisión a un Comité revolucionario de la República patibularia que se constituyó por sí y ante sí en Gobierno del país; que culminó en los cinco años de anarquía y de sangre, de huelgas y hambres, y cuya liquidación sólo fue posible por el Alzamiento Nacional, del Ejército, del Tradicionalismo, de la Falange Española de las JONS, sin aportación dinástico-liberal de pueblo voluntario fiel a la fenecida monarquía de Alfonso XIII, vestíbulo fatídico de la segunda República en España

LOS CATALANES LO SABEN Y LO CONOCEN TODO

Basta tener memoria. Al Alzamiento Nacional, Cataluña no quiso pasar a ser una parcela soviética. El Alzamiento que proclamó a Franco para Caudillo de España, sabe de sobras de la hostilidad del comunismo Y DE LA MASONERIA INTERNACIONAL. Lo que no podía suponerse es que un representante de la monarquía liberal y decadente, en varias ocasiones, con sus manifiestos, haya contribuido al acoso que sufría España en los años «cuarentas» de las más rudas crisis.

Y esto, desgraciadamente, es lo que hizo don Juan de Borbón Battemberg. En el manifiesto de Lausanne de fecha 19 de marzo de 1945, don Juan emplaza gravemente al Caudillo con estas afirmaciones: «Desde que por renuncia y subsiguiente muerte del Rey Don Alfonso XIII en 1941 asumí los deberes y derechos a la Corona de España, mostré mi disconformidad con la política interior y exterior seguida por el general Franco. En cartas dirigidas a él y a mi representante, hice constar mi insolidaridad con el régimen que representaba, y por dos veces, en declaraciones a la prensa, manifesté cuán contraria era mi posición en muy fundamentales cuestiones.»

En el manifiesto de Estoril de fecha 7 de abril de 1947, don Juan de Borbón y Battemberg ataca violentamente la Ley de Sucesión a la Jefatura del Estado que los españoles aprobaron por mayoría aplastante en el Referéndum de aquel año. Dijo entonces don Juan: «Sin comprender que la hostilidad de que la Patria se ve rodeada del mundo nace en máxima parte de la presencia del general Franco en la Jefatura del Estado, lo que ahora se pretende es pura y simplemente convertir en vitalicia esa dictadura personal, convalidar unos títulos según parece hasta ahora precarios y disfrazar con el manto glorioso de la monarquía un régimen de puro arbitrio gubernativo, la necesidad del cual ya hace mucho tiempo que no existe.»

Cualquier patriota, cualquier español sensato, sabe lo que tiene que pensar ante tan improcedentes y funestas declaraciones, tan bien aprovechadas por el comunismo y las campañas antiespañolas. Añadamos a esto que los más feroces marxistas suspiraban por esta monarquía. La monarquía de un príncipe que ni su padre ni él dieron orden alguna de iniciativa e integración al Alzamiento Nacional, y que incluso en ciertas circunstancias han amenazado con represalias a cuantos siguieran colaborando con el régimen nacido de la Cruzada acaudillada e inmortalizada por Franco.

Los catalanes suscriben con Franco, lo que el Caudillo manifestó en su discurso de la sesión extraordinaria de las Cortes Españolas del 22 de noviembre de 1966, cuando dijo: «La Ley de Sucesión fue, en fin, ocasión espléndida para experimentar el juego del Referéndum Nacional, dando al cuerpo electoral su plena adhesión a lo hecho en España a lo largo de diez años sucesivos, y de dar un mentís a las acusaciones foráneas de la falta de arraigo de nuestro régimen y de ratificar su confianza en el Movimiento Nacional, en sus instituciones y en sus hombres.»

CIRCUNSTANCIAS PERSONALES DE DON JUAN DE BORBON Y BATTEMBERG

Recordemos unos textos del documento que la Comunión Tradicionalista elevó a Su Excelencia el Jefe del Estado en enero de 1940, tratando de la incompatibilidad de don Juan para instaurar la monarquía fiel a los ideales del 18 de julio. La Comunión Tradicionalista señalaba, entre otras, estas razones:

... ...

2.ª Su educación política fue la liberal. Su educación intelectual y su educación social fueron asimismo liberales. Con noble deseo han venido algunos tratando de hacerle llegar, a espaldas del padre, unas pocas ideas del Tradicionalismo modernista. Si no es más que esto, bien poco puede servir para contrariar una antigua y enraizada formacion.

3.ª El ambiente que le rodea y que no hay medios para creer que no va a seguir rodeándole, es el de una corte frívola y una más espantosa frivolidad ideológica. El respeto que queremos guardar a las personas nos hace dejar sólo iniciado este punto. ¡Qué pobre es la aspiración de restauración en la persona de don Juan! En síntesis: es don Juan el único príncipe español que hasta ahora puede considerarse descartado en buenos principios nacionales.»

LOS PARTIDARIOS DE DON JUAN, ¿QUE ESCRIBIAN Y CONTRA QUIEN EN SUS «HOJAS LIBRES»?

Guardamos en nuestro modesto archivo algunas mugrientas colecciones de «Hojas libres» del estilo de las que en su tiempo lanzaban contra España y la Monarquía liberal y su Dictadura hombres como Blasco Ibáñez y Unamuno. En estas colecciones —ya en los años «cuarentas», cercanos a los «cincuentas»— aparece, por ejemplo, un ejemplar titulado «El Cuarteto», boletín clandestino que componían y distribuían los «apologistas» de don Juan. Pues bien; en el ejemplar que conservo, además de atacarse al Caudillo, se traza una hiriente y burlesca silueta de español, marino y gobernante tan esforzado y preclaro como don Luis Carrero Blanco. Es invectiva tal de tan pésimo gusto y tan flagrante injusticia, que no la transcribo. Sirva citar su existencia y el testimonio que poseemos para fijar aquí, incuestionablemente, cómo la Historia, que viene haciendo el Caudillo inspirado y protegido por Dios, desautoriza a los sempiternos debeladores del Movimiento Nacional al ofrecerle a España juntos, como en aquellos tiempos, en la cúspide de la gobernación de España y en la guarda de sus sagrados destinos, al Caudillo vitalicio y al insigne almirante don Luis Carrero Blanco, como Vicepresidente del Gobierno. Los dos cíclopes contra los que en 1947 delirantemente arremetían los enanitos del panfleto

BLAS PIÑAR REFLEJA RADICAL Y ELOCUENTEMENTE LA SITUACION

Y a las ironías de mal gusto y sofisticadas de que los redactores de la citada propaganda «juanista» hicieron objeto a la preclara figura del Almirante don Luis Carrero Blanco, la más clara lealtad y lógica nacional hablaron por boca de don Blas Piñar, en su famosa conferencia de Valencia, en diciembre de 1965. Estas son las palabras del elocuente Procurador en Cortes y Consejero Nacional: «Francisco Franco, en 23 de enero de 1942, afirmaba: "Dijimos que no cerrábamos las puertas a que como coronación de una obra de progreso y de grandeza se realizase el resurgimiento o instauración de los poderes tradicionales. Pero no dijimos nunca que fuéramos a restablecer la España que trajo la República, ni la España que perdió los pedazos más grandes de nuestra Patria. Aquella gran institución que dio tanta gloria, y que era popular porque se apoyaba en el corazón del pueblo contra los desmanes de los grandes, cayó y se derrumbó, porque había quedado hueca. ¡Nadie sea tan loco o desalmado que intente edificar sobre la arena."

Y ante las Cortes, el 3 de junio de 1961: «La distancia que nos separa de 1936 no puede desdibujar ni oscurecer la precisión y claridad con que el pueblo español percibió, desde el primer instante, que al mismo tiempo que se rompía con una República atea, antinacional, agria, sectaria, irresponsable y en último grado de disolución,... igualmente quedaba descartado y condenado cualquier sistema liberal, cortesano, ineficaz y parlamentario. Aquello no era un pronunciamiento en que se alzase la bandería personalista o de simple restauración. Se abría un proceso fundacional, en cuya continuidad radicaría, para el futuro, toda legitimidad sucesoria. Se fundaba un nuevo Estado, un orden social nuevo y un orden político inserto en la tradición histórica viva, pero actual.»

«El Estado nuevo se halla definido ya como Monarquía Católica, Social, Tradicional y Representativa. No es una restauración de la monarquía caduca, es la instauración fundacional de una Monarquía nueva, legitimada por la continuidad ideológica del Movimiento, sin la cual —son palabras de Franco, no son palabras mías— se traicionaría a la Revolución y a la Patria.»

«Ahora bien, si —continúo utilizando palabras de Francisco Franco— los carlistas han representado la lucha de la España ideal contra la España bastardeada, afrancesada y europeizante de los liberales; si la Falange y el Requeté han sido los dos exponen-

(Continúa en la página siguiente.)

¡ASI ANDAMOS!...

QUEJAS A LA JERARQUIA

Son ya muchos los países en los que el pueblo fiel, justamente alarmado, eleva su voz en dolorida queja a sus pastores.

Así en Montevideo, «para evitar que el catolicismo uruguayo se convierta en añicos», ante la indecisión, retraimiento y temor de la Jerarquía Metropolitana, que «ha dejado el gobierno de la diócesis en manos de quien, directamente responsable de mucho de lo que sucede, ya no puede contener las aguas que liberó, y que antes corrían por cauces y canales que él mismo contribuyó a romper».

Y en otra diócesis de aquella República Oriental no temen afirmar que «estamos en presencia de un hecho demasiado grave, como para que los obispos, que son los responsables, duerman tranquilamente cada vez que no se predica a Cristo y a su doctrina y se sustituye por opiniones y fábulas, al decir de San Pablo a Timoteo». E insinúan a su prelado, Balaguer, que considere si ciertos sacerdotes «tienen todavía fe o la están **reformando desde dentro**, como gustaba decir Teilhard, y por eso se quedaba en la Iglesia».

(Es una carta de Francisco Massa que puede leerse en «La Mañana», 28-IV-67.)

Así también desde «Presencia», núm. 88, clama Julio Meinvielle en Argentina: «**El progresismo cristiano** se ha consolidado entre nosotros en algunos medios. Existen **equipos** o **células** de sacerdotes progresistas en las más activas de las diócesis del país y aun en los seminarios. Las reuniones de Quilmes, los episodios de Mendoza y de Córdoba con la consiguiente orquestación en **Primera Plana, Confirmado, Siete días** de **La Razón**, etc., demuestran claramente que se trata de una campaña perfectamente organizada y dirigida, en la que actúan obispos, sacerdotes, seminaristas y laicos bajo la alta dirección de agentes experimentados de la Revolución Mundial».

Y advierte, no sin honda preocupación: «En la cúspide, y operando como primer motor, se hallan los teólogos progresistas que, a su vez, influyen sobre los obispos y sobre las cabezas pensantes de la Iglesia, de acuerdo a métodos perfeccionados»...

Es curioso que señale como «la expresión más significativa y expresiva» del progresismo rioplatense a la revista «Tierra Nueva», que ya desenmascaró ¿QUE PASA? con palabras del cardenal de Buenos Aires.

Estas páginas se han ocupado también de las exposiciones a sus obispos por los fieles neerlandeses, mejicanos y norteamericanos... y por los españoles.

LO QUE SE EXPLICA Y NO SE EXPLICA

Después de todo esto no puede causar excesiva extrañeza la descarada ofensiva contra la «Sacerdotalis Caelibatus» en los ambientes progresistas, particularmente neerlandeses y americanos. Por otra parte, ¿no se da también en España entre los más conspicuos miembros del apostolado seglar? Porque en España hoy cuentan mucho más las peregrinas, temerarias y escandalosas opiniones de cualquier teólogo de moda a lo Schillebeecks y Hans Küng que el Magisterio auténtico y universal del Vicario de Cristo.

Y como el progresismo es nube de gases asfixiantes que avanza a ras de tierra arrasándolo todo, **se explica** también que todo un teólogo católico de Munch, como **dicen** es Erich Kellner, presidente de la «Paulusgesellschaft», haya reivindicado, con celo muy **paulino**, para la religión y el ateísmo **iguales oportunidades** de convencer a los hombres. («Soepi», 4-V-67.)

Como también se explica que otro **maestro** de los Países Bajos, Van Kilsdone, tenga la desvergüenza de confesar «no haber visto en ninguna parte de la Biblia la condenación de las relaciones homosexuales». Porque nunca tal vez como ahora se invoca más la Escritura y nunca se han negado con más imprudencia las verdades más evidente de la Escritura. Dígalo, si no, la convergente campaña de sofismas pro judíos, que han dejado mentirosos a los Apóstoles y al mismo Cristo.

Lo que ya no se explica es que a un apóstol seglar tan eminente como Miret, quien, no contento con la cátedra de **Triunfo**, se sirve también de **Informaciones** para predicar contra los dogmas de la Iglesia, no se le premie con algo más que la Secretaría de las U. N. A. S., y, como ya terminó el Concilio, no se eleve siquiera hasta el «Consilium».

¡Loado sea Dios que no permite se extinga en el pueblo cristiano, a pesar de todo, el **sentido** de la fe.

Ya se percibe sordamente la reacción airada... que echará por tierra los simulacros de los ídolos.

S. I. C.

(Viene de la página anterior.)

En 1953 el novelista alemán Hermann Kesten escribió una novela pornográfica que tituló «Die Kinder von Gernika» (Los niños de Guernica), en la que demuestra conocer muy bien nuestro país... de oídas.

La propaganda nacional tuvo gran parte de la culpa de que el caso de Guernica llegase a las dimensiones que alcanzó. En vez de afrontar los hechos con valentía y explicar lo ocurrido como un episodio lamentable de los que hay en todas las guerras, se dedicó a decir que «Guernica había sido quemada por los rojos». Fue un error.

Y esto ha sido lo que ha hecho que desde hace treinta años la Guernica bombardeada se haya convertido en un símbolo para los separatistas. Pero ello nada tiene que ver con el significado histórico del Arbol, ni con el canto de Iparraguirre, que es mucho anterior, ni con el entusiasmo que levanta en los pechos de los buenos españoles, no sólo de los vascos, sino también de los de otras regiones, el nombre de la Villa donde el último rey de hecho y derecho que tuvo España juró las únicas libertades auténticas y españolas: Los Fueros.

(Terminado el presente trabajo hemos recordado que el barón de Eroles, en el manifiesto que publicó en su cuartel general de Urgel el 15 de agosto de 1822, decía: «... el pueblo español ...se dará leyes justas... bajo la sombra de otro Arbol de Guernica». Cita que hemos creído oportuno aducir como una prueba más de lo que nuestro Arbol ha significado siempre para los tradicionalistas españoles.)

Con plena razón, D. Raimundo de Miguel utiliza el derecho de réplica

Porque nos lo manda la Ley y porque, a no existir esa Ley, cumpliríamos los mandamientos de nuestra conciencia, publicamos a continuación la carta, harto motivada y justa, que nos ha dirigido el Dr. D. Raimundo de Miguel.

28 de septiembre de 1967.

Sr. Director de ¿QUE PASA?

Lagasca, 121. Madrid-6.

Muy señor mío: Un amigo me ha proporcionado el número 196 de su revista, correspondiente al 30 de septiembre de 1967 (aunque puesta a la venta en el día de hoy) en el que se inserta una carta de un señor Samper y un comentario de ustedes, alusivos a mi persona.

Utilizando el derecho de réplica (Ley de 18 de marzo de 1966 y Decreto de 31 siguiente), le ruego se sirva acoger esta carta en su publicación, rectificando la información que le proporciona el señor Samper, ya que yo nunca he pronunciado conferencia alguna en el Valle de los Caídos, en ninguna de mis intervenciones públicas he aludido directa o indirectamente a ¿QUE PASA? ni a sus lectores, ni jamás me he expresado en términos de tanta vulgaridad, como se me atribuyen.

Del comentario de la revista (alusión al cumplimiento de unas órdenes del Jefe Provincial de la Comunión Tradicionalista de Madrid, que personalmente desconozco, pero que de referirse a las que en el mismo número se transcriben y de ser ciertas, acataría con mucho gusto) parece desprenderse que la supuesta conferencia ha sido muy cercana en el tiempo, cuando el hecho cierto es que desde hace casi tres años no he pisado el Valle de los Caídos.

Con este motivo le saluda atte.—**RAIMUNDO DE MIGUEL.**

* * *

Positivamente en ¿QUE PASA? somos integralmente tradicionalistas, o sea, presa tierna y segura de los salteadores de conciencias, quienes urden y perpetran sus fechorías a base de una técnica «progresista», que ni la decencia tradicional entiende, ni la buena fe sospecha que los cristianos la adopten, ni, por, tanto, claro está, se previene sombría y maliciosa —dejaría de ser buena fe— contra los asaltos y maniobras de un género de activistas políticos como esos que la C.I.P.O.L. trata de capturar y aniquilar. Y como estos, que para deteriorar nuestra moral y nuestro crédito han venido a nuestra redacción a imputarle a don Raimundo de Miguel ciertos actos públicos que habrían de movernos a su airado rechazo y concluir todo en la probanza de nuestra ligereza, tan agresiva como inconsistente e irresponsable.

Pues bien, sin la poderosa organización investigadora de una C.I.P.O.L., sin la técnica y los servicios de ningún Napoleón Solo, que nos defiendan del bandolerismo mental de las mafias concitadas contra nosotros; sólo fiados a nuestro tradicionalismo en el modo y en la forma, o sea, a nuestro cultivo de la buena fe a uso y costumbre de los hombres de bien, de antes de la coexistencia con Caín y de la cooperación con Judas y de las coaliciones con Barrabás y sus bandas, sinceramente declaramos que no nos apesadumbra, por el contrario nos ennoblece, descubrirnos conturbados ante don Raimundo de Miguel y pedirle perdón. Y darle las gracias por su motivada y justa demanda de rectificación, pues ya teníamos compuesta y ajustada, en esta misma página, una extensa y «documentada» carta, firmada por un Eloy Méndez García, domiciliado en Madrid, calle del General Oráa, 88, en la que, con lujo de detalles, se relata no sólo el acto del Valle de los Caídos, las palabras pronunciadas allí por don Raimundo de Miguel y hasta se trancribe un párrafo literal, realmente corrosivo, publicado por dicho señor en el número 29, correspondiente al mes de agosto pasado, del periódico «Montejurra».

En suma, nuestros «queridos enemigos» se han apuntado un tanto. Habíamos tomado por señores y por cristianos a sus agentes de asalto. De estos errores, generados en la buena fe y no en la malicia, ninguna persona decente debe avergonzarse.

HABIAN RECIBIDO LA ORDEN DE PERMANECER "CLAVADOS EN LA PO

EN RUSIA ESTAN LOS CAMARAD

Por estos días se cumple el 26 aniversario de la llegada de la División Azul al Frente del Este, que culmina el 12 de octubre; precisamente día de la Hispanidad, Festividad de la Pilarica, su Patrona; con la entrada en fuego de aquella Gran Unidad a la que tantos de entonces no pudimos pertenecer.

El lector, si lo hubiere, se formulará la siguiente pregunta: ¿Con qué impudor puede escribirse sobre la División Azul sin haber servido en sus filas ni ser protagonista de sus hechos? Ya Demetrio Castro Villacañas comentó en «Arriba»: «Quienes no participaron en aquella gesta no acertarán jamás a ser intérpretes de lo que fue y significó la presencia española en Rusia».

No me atrevería yo a intentarlo sin decir que la Cruzada contra el bolchevismo de 1941 fue una campaña en la que si no me fue dado tomar parte no fue por falta de la más ferviente voluntariedad. No aceptó Dios mi ofrecimiento. Mi jefe provincial nos expulsó personalmente del Banderín de Enganche asegurando que ya teníamos bastante con los Campamentos. Tenía razón, aunque con menor edad se colaron otros y alguno fue devuelto al hogar materno desde Berlín.

Desde entonces, de todas las empresas de nuestro tiempo, por encima de la propia Campaña de Liberación, somos muchos, de los que no pudimos ir, para quienes la gesta de la División es el más subyugante, el más hermoso quehacer acometido por españoles. No sé si fue por haber podido vivir más de cerca que en 1936 la ocasión de participar de aquella gloria. Quizá su proyección sobre el continente asiático; quizá la magia de aquella imagen imborrable de las expediciones conjuntando de modo palpable la camisa azul y la boina roja sobre el uniforme del Ejército. Quién sabe si la clave residía en aquella resurrección que suponía, tras tantos años con mentalidad del 98, alinearse de nuevo en una empresa exterior del mismo bordo que el embarque para América, las campañas de Flandes o la Victoria de Lepanto. Lo cierto es que nuestros ojos se quedaron vueltos hacia los voluntarios y su caminar. Una canción de Tellería lo plasmó en compases: «Con mi canción la gloria va por los caminos del adiós que en Rusia están los camaradas de mi División...». estrofa a la que seguía el aliento poético inefable de la que cantaba:

«¡SE FUNDIRA LA NIEVE AL AVANZAR MI CAPITAN...!»

Día por día oímos los mensajes de Celia Jiménez y leímos los partes de guerra. Con los voluntarios pasamos el Wolchow y volamos al auxilio de Wsawd. Dios en sus supremos designios no nos llamó al relevo porque la primavera de 1944 trajo la retirada de la última Legión a la que la Hoja de Campaña llamó «realidad trágica de nuestra soberanía mermada», claudicación no ya nuestra, sino de aquellos que habiendo asegurado declarar la guerra a Alemania por defender Polonia, decretaron luego nuestro cerco y declararon —¡qué risa!— criminal de guerra a don Agustín Muñoz Grandes.

Volvieron los voluntarios con el dolor de dejar en Rusia a sus caídos. La Patria agradecida devolvió sobre sus frentes el beso que recibió y puso sobre la guerrera de su general la Palma de Plata. Yo creo, de verdad, que todos la merecieron por igual; pero ellos no habían ido a Rusia en busca de palmas ni de aplausos. Volvieron calladamente a su quehacer y raramente su modestia les ha sacado del silencio. No serán apenas los divisionarios los que alcen la voz. Permítasenos que lo hagamos nosotros, los que no pudimos ir.

Dejadnos, camaradas divisionarios, llevaros de la mano del recuerdo. Vuestro pudor no os permitirá un canto de excelencias, pero nosotros queremos entonarlo.

¿Recordáis, camaradas? Fue el 22 de junio de 1941 en plena sanjuanada y la noticia sacudió como un trallazo toda la geografía hispánica: Alemania había declarado la guerra a Rusia. España entera se echa a la calle. «La Falange recoge en disciplina orgánica el voluntario entusiasmo abriendo banderín de enganche», proclama la Secretaría General. Y es ésta una precisión con la que conviene hacer frente a muchos actuales intentos de tergiversación y olvido. La División Azul fue una gran empresa falangista.

El «A B C», de Madrid, afirmaba el 25 de junio: «La emoción de **España** está en las calles y su desbordamiento cordial ha sido acogido por la Falange».

Fue España entera la que pidió un puesto en la lucha contra el comunismo. El Caudillo afirmó por entonces que si el camino de Berlín fuese abierto no sería una División sino un millón de españoles los que se ofrecerían. Bien es sabido cuántos éramos por encima de esta cifra, pero a los que se llamaron a sí mismos grandes no les convino. Nunca purgará bastante Europa las consecuencias. España entera, como años después en el 6 de diciembre de la plaza de Oriente, como sabe hacerlo siempre en las grandes encrucijadas, era la que se ofrecía para la nueva Cruzada. ¡Quién mejor que ella, que entonces y todavía hoy, ha sido la única vencedora del comunismo! Unica a pesar de las complicidades de todos sabidas. Pero si España entera se adhirió al RUSIA ES CULPABLE, fue la Falange la que abrió el banderín de enganche, cosa, por otra parte, lógica cuando existía la Milicia de F. E. T. Y fue, naturalmente, el Ejército el que encuadró a los voluntarios porque cada cual es maestro en su oficio. Lo cual no da pie al mayor Edgar O. Ballance para afirmar en un artículo muy ponderado, dada su procedencia, «que los miembros de la División Azul pertenecían al Ejército». Esto sólo es cierto en lo que respecta a la oficialidad porque en España para mandar tropas hay que pasar por una Academia y aquí no se regalan los bastones de mariscal. Pero, aun así, ha de saberse la ejecutoria falangista de Muñoz Grandes, ex ministro secretario general del Movimiento, y del laureado Rodrigo, primero y segundo jefes de la División, respectivamente. Y de ahí hacia abajo. Pero sobre todo conviene recordar que el Primer Batallón del «Regimiento Rodrigo» lo componía casi todo el S. E. U. de Madrid; el segundo, toda la Vieja Guardia, entregada al sacrificio; y a este tenor, sobre un cañamazo de legionarios y regulares, que no faltaron, miembros de las Milicias y oficiales provisionales enganchados como escuadristas, la inmensa mayoría de los divisionarios; en la que hubo desde gobernadores civiles y alcaldes, como el de Ceuta, hasta labradores, pasando por Mora Figueroa que era oficial de la Armada; fueron camisas azules que asomaron por fuera de las guerreras españolas y de los cuellos verdes de paño o terciopelo de la Wehrmacht, a través de 1.400 kilómetros de aquella épica marcha a pie, hasta constituir el único sudario a la hora de caer sobre el hielo del lago Ilmen o en la defensa de Possad. **«Ho venido porque aquí están los mejores. Soy del Frente de Juventudes de Granada»** o **«De haber vivido el jefe, hubiera dado la orden de marcha»** fueron algunas de las mil fórmulas de presentación. Y boinas rojas como la de un puertorriqueño, hijo y nieto de carlistas, que hubo de falsificar su documentación para poder acudir con sus cuarenta y siete años. Y, sobre todo, el yugo y las flechas, incorporados ya para siempre al escudo de la División, con la Cruz de Hierro y las cuatro gammas.

Serían interminables las citas de la ya copiosa bibliografía que Esteban Infantes, Rodrigo Royo, Tomás Salvador, Ydígoras, Ocañas, Oroquieta, Negro Castro, Hernández Navarro, Ruiz Ayúcar, Gómez Tello... han aportado para el mejor conocimiento de esta cuestión. A saber, que la División Española de Voluntarios era azul por los cuatro costados. Sólo hemos de recordar al general Muñoz Grandes, aquella mañana del 31 de julio de 1941 en Grafönwehr,al prestar juramento de fidelidad ante las banderas españolas y del Reich:

«Vosotros, los voluntarios españoles, lo mejor y más selecto de mi raza, no aspiráis a conquistar riquezas ni botines y sí sólo a destrozar el azote de la Humanidad y a que unas modestas tumbas españolas, regadas con sangre joven, proclamen al mundo entero, con la fraternidad de estos dos pueblos, la pujanza de nuestra raza. Estas son las ilusiones que el Ejército español con la potente savia de la Falange ha traído a estas tierras.» Y añadía: **«Decid al Führer que lo que mi pueblo jura, lo cumple.»**

Y así, en las chabolas el retrato de José Antonio, en boca del coronel Esparza la denominación de «camaradas de tropa» para sus soldados. Y cuando este jefe llega a Sitno y sale el heroico comandante Román, jefe falangista al mando de las más selectas centurias de Sevilla y Jaén, a darle la novedad de aquel combate pródigo en sangre hispana y en medallas militares, la tensión estalla, y entre lágrimas y abrazos surge, espontáneo, el CARA AL SOL... El mismo coronel había de enviar un radio que decía textualmente: «Espero que el honor falangista de este batallón quedará demostrado en la enérgica defensa de Possad. ¡ARRIBA ESPAÑA!»

Para que luego nos vengan con «historias» como la de aquella película de anticomunismo amorfo, donde al ser interrogado sobre su filiación política, el capitán Palacios, que en sus propias memorias había reflejado su auténtica respuesta a los rusos —FALANGE ESPAÑOLA DE LAS JONS— se le hace decir con menguado énfasis: **«anticomunista».**

Podría admitirse que esto fuera ridículo, pues hay gustos para todo, y si no ahí están los «beatniks». Pero lo que no puede admitirse es la falsedad. Y duele el cuidado minucioso aplicado a la tarea de eliminar cuanto entrañe un matiz falangista, sólo esbozado en unos compases musicales y en lo visto y no visto de un emblema sobre los restos de una guerrera.

Con idéntico dolor ha podido oírse a Blas Piñar pidiendo a gritos, no que se izase bandera alguna, sino, por Dios, que no se arriasen aquellas tres banderas izadas el 18 de julio. ¡Y cuántos son los tirones que se dan a las cuerdas que las mantienen aún en la driza! Los voluntarios que estos días transmiten a sus hijos el depósito sagrado de sus emblemas, legan con ellos el deber ineludible de la custodia del honor de los que murieron a la sombra de aquellas banderas. Dios me libre de parangonarme con el autor de aquel famoso artículo: **«Hipócritas los que alardean de anticomunistas y en el fondo buscan anhelantes una fórmula de coexistencia que les permita vivir tranquilos... los que condenaron al fuego hombres y ciudades y en Nüremberg se erigieron en jueces.»** Pero a mí también me ha acometido la angustia de ver el afán suicida de volver atrás, de deshacer la obra hecha, de cansarse de estas décadas de empresa nacional, por parte de tanto dialogante, tanto snob y hasta de algún ordenado **in sacris** invitando descaradamente —esta es la palabra— a «la vejez esclerótica» a retirarse a Yuste. ¡Qué más quisieran! Ni saben leer ni merecen más que el estribillo de aquella canción divisionaria de trinchera: **«¡Date el bote!»**

No quisiera adoptar una postura elegíaca, pero hay que alzar una voz de protesta: No se puede hacer una Cruzada (y empecemos por la negación de este carácter, atribuido por Pío XII a la nuestra) no se puede llenar una Patria de esperanza, no se puede iniciar una revolución, no se pueden dejar en Rusia las tumbas de 4.000 muertos y la sangre de 11.000 heridos (uno de cada cuatro voluntarios) para tener que soportar ahora esta postura de olvido, esta solapada tendencia actual por la que parece que los falangistas hemos de hacernos perdonar nuestra victoria, nuestro saludo, nuestra bandera, nuestros símbolos y nuestra obra entera. No ha mucho he podido leer una hoja parroquial en la que se denunciaban la injusta distribución de bienes, la falta de explotación de recursos, las casas cerradas, las tierras sin producción, los capitales paralizados, los salarios insuficientes... ¿No es esta la gran denuncia sobre que se basa la doctrina joseantoniana?

SICION"... ¡Y LA CUMPLIERON!

AS DE MI DIVISION

Por ARMANDO SANCHEZ OLIVA

¿No fueron a luchar por esto los voluntarios de la División, con aquella ardorosa ingenuidad que el propio José Antonio había profetizado? ¡Cuántos andamiajes se han levantado sobre ella! ¡Cuánto intento de falsear la limpia empresa de la salida hacia el Este! Ahora resulta que la División Azul sólo fue a Rusia a poner una baza sobre el tapete verde de Hitler. El mismo mundo que les llamó mercenarios se contonea luego en el monipodio internacional del anticomunismo de agua dulce al uso. En una no muy lejana «Asamblea del rearme moral» celebrada en Mackinak, un general aseguraba: «He formado buenos soldados, pero no he acertado a darles una idea universal superior a la del comunismo.»

¿Qué os parece, camaradas divisionarios? ¿A vosotros, que tan legítimamente podéis blasonar de haber manifestado vuestra presencia y actitud en aquella Cruzada europea? Claro está que mientras vosotros combatíais en Otenski y en Schewelowo, otros desembarcaban material en Murmansk y constituían la única causa de la supervivencia de aquel régimen declarado culpable en el famoso veredicto de Serrano Súñer.

¡Cómo ha demostrado el tiempo vuestra razón! No pudo tentaros el más mínimo atisbo de interés ni bastardía. Ni íbamos a defender fronteras ni nuestro anticomunismo era otra cosa que una actitud, por falangista, esencialmente positiva. Pero los eternos cuerdos no se libraron de llamaros locos o de sonreírse con aire fatuo de estar de vuelta de todo. Siempre la risa ha sido el homenaje que los idiotas han dedicado al genio. No tardarían en comprender que vuestro sacrificio no fue vano. ¡La sangre que derramaron los nuestros constituye hoy una voz acusadora y el mundo ha descubierto que su lenguaje es el de aquellos que quedaron para siempre en los pequeños cementerios militares, con una simple cruz de madera en Vistriza, en Grigorowo, en Dubrovka! Y esto no lo decimos con nostalgia, sino como acicate para seguir marchando como se marchó a través de Polonia entera con la prisa por llegar a la batalla. Para seguir marchando junto a los de ese S. E. U. hoy vituperado y preterido, que atacaron a la bayoneta gritando ¡ARRIBA ESPAÑA! en Malsamosche; junto a los flamencos y valones que entregaron —¡aquél sí que era el mercado común de la gloria!— 2.500 de los suyos por la libertad de Europa, y junto a los franceses, los italianos, los noruegos, los daneses, los croatas, los eslovacos, los bálticos, los finlandeses... que luego habían de ser perseguidos y fusilados por los vencedores... Allí formaban, junto a Alejandro Salazar y García Noblejas, Drieu la Rochelle, Van der Brucke, Brasillach, des Brieres, la flor del auténtico pensamiento europeo, la que José Antonio había llamado generación en línea de combate ante el frente torvo, asiático y amenazador. Sólo que estas palabras que ahora repiten muchos no quisieron escucharlas los mismos que hoy pretenden volver a las andadas. Por eso debemos seguir marchando. Yo he asistido a una conmemoración divisionaria, donde se imponían medallas a madres de caídos, al cabo de muchos años. Quien no haya visto a estas viejucas subir al estrado, apoyadas en manos familiares, para retirarse a su butaca abrazando sus diplomas, no podrá comprender nada. El tiempo ha pasado, pero ni una sola de las razones por las que murieron aquellos hijos ha periclitado y se sigue cantando en Europa **«Yo tenía un camarada»**; y leyendo «La campaña de Rusia», donde afirma León Degrelle, jefe de la Legión Valona, «El mundo ha de reconocer lo justo de nuestra causa y la pureza de nuestra entrega.» De aquella unidad compuesta inicialmente de 800 hombre (HOMBRES, he dicho) sólo tres voluntarios sobrevivieron. Pero estamos hablando de flamencos, cuando ya los nuestros hubieron de replicar: **«Para flamencos, nosotros.»** Que lo digan si no los del primer batallón del 263 de Vierna, que contestaron a Muñoz Grandes, al preguntar cómo iban las cosas, **«que allí no pasaba nada porque ellos eran de Murcia»**. Que lo diga el alférez Rubio Moscoso y sus hombres de la posición intermedia, que habían recibido la orden de permanecer clavados, y murieron hasta el último, encargándose los rusos de consumar la orden. Cuando llega el 28 de noviembre del 41, el comandante García Rebull, Palma de Plata, los encuentra clavados con picos en el suelo. **«¡Qué orgullo ser español!»**, dice en la orden del día don Agustín. Dos días más tarde se atraviesa el Ilmen helado «porque lo exige el honor de España y el espíritu de fraternidad entre los dos pueblos». Hay que liberar a los alemanes de Wsawd. Temperatura, 48 grados bajo cero. «Sé que sufrís mucho», dice el general por radio a los valientes. «No importa. España entera sabrá de vuestra hazaña.» Y el capitán Ordás, apellido de conquistador, responde: «Sabremos morir. ¡ARRIBA ESPAÑA!» Y añade con estoicismo hispánico: «Tenemos 102 congelados. El espíritu es elevadísimo.» El 19 de enero de 1942 se abrazan la guarnición alemana y la compañía de esquiadores española. El general telegrafía: «Dime cuántos valientes te quedan.» Y responde Ordás: **«Salimos 206. Quedamos 12 combatientes.»** Doce combatientes que cantan:

«No hace falta la trinchera
si tienes la sangre ardiente.
Si se te hiela el fusil
el machete es suficiente...»

Cuatro arcángeles (¿quién ha dicho que no existen?) descienden en la tarde pálida de niebla blanca y cruzan sus espadas, orladas de laurel, sobre el pecho del capitán. Porque aún queda la fiel Infantería... y el humor de los infantes que apostillaban: **«Para frío en Teruel.»**

¿Habrán oído hablar de esto un Grauart Rodés o cualquiera de los que pregonan ahora la unidad de Europa? No será por lo que haya contribuido la literatura de los que han ensalzado el olvido y la traición o todas esas memorias que ridiculizaba Alvaro de la Iglesia, diciendo: «Basta de presumir de haber quemado el bigote de Hitler o de haber estado aquí o allí.» «Ganas me dan de lanzar las mías: Yo no estuve en ninguna parte.» Pero sí: estuvo en la División Azul y afiló su pluma en la **Hoja de Campaña**, al tiempo que nacía su «Codorniz», nunca tan divertida como con las lucubraciones de los grandes glorificados de hoy, los de Munich o alguno de los que se recrea en recordar que Hitler afirmó: **«Siempre he desconfiado de España.»** No sé si es cierto. Sí sé que dijo: «CUANDO VEAIS UNO DE ESTOS HOMBRES QUE VISTEN NUESTRO UNIFORME, AUNQUE VAYA DESASTRADO O CON UNA COLILLA EN LOS LABIOS, SALUDADLE, PORQUE ES UN HEROE.»

Cada cual puede tener sus opiniones. Yo estimo que al hablar de quienes combatieron a nuestro lado en dos ocasiones, debería imperar una idea del decoro, ausente en muchas ocasiones y muchas plumas. Y esto que lo sepan los homenajeadores de Churchill que no leyeron la obra **«Tú también estabas entre los criminales»**, ni menos su frase: «Si fuera español combatiría en el bando nacional. Pero como inglés no puedo estar con Franco.» Estamos a la recíproca, sir.

Aquí viene a cuento lo acaecido a un oficial, llegado para realizar un curso en un campamento americano en Alemania... a Grafenwöhr. Al comentar que allí mismo se había instruido con la División Azul, le dijo un americano con sorna: «Eran otros tiempos.» Y contestó el español: **«Efectivamente. Entonces estaban los rusos muy lejos. Hoy están a tiro de fusil.»** Narrémoslo sin amargura, mas con la evidencia de haber contribuido a que no estén más acá, gracias a que los nuestros yacen más allá, a donde habían ido a devolver la visita de la Legión Cóndor. Allí, el señor soldado Ponte Anido, laureado de Krasnyj-Bor, al volar un tanque ruso; el heroico teniente Galiana, de Asalto; el capitán Navarro, el laureado capitán Huidobro; los bravos Aragón, Ulzurrun, Marín Fuentes... ¡Cómo citarlos a todos si fueron 4.000! Todos, **presentes en nuestro afán**, como los sufrimientos por la Patria de los 300 prisioneros que tan alta dejaron su bandera Presentes en el afán diario de esos 40.000 que se llamaron a sí mismos «guripas» y que hoy forman las Hermandades que mantienen el culto de sus caídos, la protección a sus mutilados, y para que sugiero desterrar el prefijo de «ex» para que se llamen sencillamente combatientes. Porque ya no empuñamos el mauser y las bayonetas, se convirtieron en arados. Pero la lucha por Dios y por España no ha terminado.

ARMANDO SANCHEZ OLIVA

AVISOS Y COMUNICADOS DE LA DIRECCION

Protestas de los "Protestantes"

Don Samuel Gómez Roldán, titulado «diácono» de la «cuarta Iglesia de Cristo en Sevilla», y don Abraham Duarte y Duarte, titulado «anciano» de la misma iglesia, nos han dirigido sendas réplicas, extensas y prolijas, a los artículos de nuestro ilustre colaborador don Patricio Catalán. ¿Para que las publiquemos? Sin duda. Pero no podemos acceder a esta pretensión, entre otras razones, por la potísima de no ser ¿QUE PASA? portavoz de las doctrinas atentatorias a los fundamentos divinos y a los dogmas de la Iglesia Católica Apostólica Romana, **UNICA VERDADERA**. Además, téngase presente que don Patricio Catalán, en sus artículos, no hace otra cosa que refutar los errores de los «protestantes», esto es, replicarles a ellos. Y éstos ¿qué se proponen? ¿Replicar a las réplicas, refutar al refutador? Si publicásemos lo que los «hermanos separados» nos envían —aparte de que fraternalmente nos llaman «falsarios» y «anticristianos»— profanaríamos nuestras páginas. Aquí somos católicos, somos Iglesia Católica. ¿Concebiría alguien que un periódico católico acogiese en su ámbito las predicaciones de la herejía? Pueden el «diácono» y el «anciano» sevillanos replicar a don Patricio Catalán, refutar sus refutaciones en sus templos y en sus periódicos. Pero ¿en éste?, no. No llega a tan grande extravío nuestra inclinación al diálogo con los jerarcas y los técnicos del **ERROR**. Otra cosa es acoger las quejas humildes de los «hermanos extraviados» que confiesan sus errores y acusan sus «debilidades», como don José Company, del que publicábamos una carta en nuestro número del pasado día 23. Pero los Doctores, los Sabios, los Pontífices de la herejía, así como no tienen acceso a los templos de la Iglesia cuya Madre es la Virgen María, para predicar en ellos, tampoco pueden entrar en ¿QUE PASA? —católico— para difundir el peregrino evangelio de la descatolización.

* * *

DON CARLOS ALDAN. RENTERIA.—¡Manos a la obra! Esperamos sus artículos e informaciones.

SR. DIEZ. MADRID.—Sus quejas son injustificadas. Las cartas manuscritas por las cuatro carillas, en letra casi ilegible, no son originales presentables al hermano linotipista.

La sinceridad y la duda progresistas

Por MIGUEL PEREZ PUJADA

El santuario de la conciencia progresista es el santuario de la sinceridad. Casi tanto mencionan la sinceridad como el diálogo. La cuestión es ser sinceros. Lo que les preocupa, ¡oh, caso de risa!, no es hablar de acuerdo con los hechos, sino hablar de acuerdo con lo que piensan. Fijaos bien que esto es auténtico retroceso mental. Los tomistas llegan hasta las cosas. El progresista se apea en una estación más retrasada, no llega hasta la realidad.

Interesa, principalmente, incluso exclusivamente, lo que se piensa, como si la realidad misma fuera inabordable, no interesara, o se redujera, justamente, a lo que se piensa. Determinar la naturaleza de las cosas y averiguar qué se deduce de ella, cuáles son sus atributos, propiedades y operaciones. Esto está superado. Un planteamiento semejante, para el progresista, que no da una en el clavo, quiera o no reconocerlo, es prehistórico.

El avance progresista, en este aspecto, consiste en una regresión de tipo idealista o, mejor dicho, como quiere Mauricio Carlavilla, ideísta. Ya no hay la búsqueda de la verdad, es decir, de la concordancia del pensamiento con las cosas. La realidad no es lo real, sino el pensamiento. La adecuación del pensamiento y las cosas se transforman en una adecuación entre un pensamiento y otro pensamiento. Para buscar esta concordancia, esta adecuacion, se dialoga y se buscan los puntos de vista comunes y las bases de colaboración pacífica. Por ello, lo que interesa es hablar sinceramente, expresar lo que se piensa y se siente y no otra cosa. No decir la verdad, sino ser sinceros, he aquí la preocupación progresista.

Para el amante de la verdad, para el que quiere entregarse a ella con todo fervor, la consideración precedente pone fuera de combate al progresista. La suya es una mercancia averiada, atacada de un mal incurable. Su palabra no merece crédito porque... podía ser muy sincera, pero esto, a mí, ¿qué me va? Toda la sinceridad progresista, por sí sola, me importa un comino. A mí me interesa, es indudable, la sinceridad de mi novia, de mi mujer, de mis hijos, de mis padres, de mis amigos... Pero ¿la sinceridad pregresista? Yo lo que quiero de ellos, lo que necesito, lo que me interesa, no es que me informen sinceramente, sino verazmente. Su sinceridad podrá justificarlos, pero no los hace estimables en un riguroso campo científico.

Además, que su sinceridad es un refugio. Han huido a su sinceridad. Son sinceros porque no se atreven a ser otra cosa. No es tan fácil explicar cómo es esto. Son como los ancianos que se retiran a «lo suyo» y se recluyen dentro de unos estrechos límites, al abrigo de la dura intemperie, de los soles ardorosos y de los fuertes vientos. El progresista se ha refugiado en su sinceridad, su opinión, su criterio, su conciencia. El se dice: «Yo pienso esto. ¿Es distinta su opinión? La mía es ésta y con ella me quedo.» Hace de las opiniones propiedades privadas, que cada cual posee como si poseyera un cortijo, por ejemplo. No entréis a robar esa propiedad con las armas de la lógica, de la evidencia, de los hechos, de... Es inútil Esto se reduciría a «un diálogo para sordos», como titulaba Ruiz Ayúcar uno de sus artículos en «El Español». Y al fin, el progresista os dirá: «Usted piense como quiera; mi opinión es como le he dicho. Respete usted mi opinión como yo respeto la suya.» Aquí no hay verdades universales, de idéntico valor para todos, por las cuales somos poseídos y a las cuales debemos someternos. Todo se ha reducido, aldeanamente, a los estrechos límites de los cotos privados. El progresista, bien resguardado en «lo suyo», se proteje admirablemente de los ataques de los adversarios.

¡Y cuándo el progresista quiere atacar es cuando más grita a los cuatro vientos su sinceridad! Cuando el progresista dice: «Soy sincero», el integrista debe de responder: «Ya se está metiendo conmigo.» Bien es cierto, y además está aureolado, este hecho, por la corona del heroísmo. Cuando el progresista hace alardes de su sinceridad, las más de las veces es para arramblar, desvergonzadamente, con lo más noble, con lo más sagrado, lo más digno que pueda poseer el hombre.

«Mi sinceridad me obliga a decir...» Este es el comienzo progresista de una sarta de innobles atrevimientos en que, o se ataca a la familia, o a la patria, o a la tradición, o a la Religión, o a cualquiera de los valores públicamente consagrados. Al hacerlo así, el progresista dice que se aparta de la hipocresía ambiental, del conformismo, del sometimiento al poder establecido, y se lanza valiente, arrojado, sin prejuicios, sin concesiones... Toda ésta es la leyenda levantada en torno de la piqueta.

Pero ¿es cierto que los progresistas son sinceros? ¿Es cierta su sinceridad? ¡Pero si es pecado considerarse en posesión de la verdad! El progresista, muy sinceramente, piensa que... cree que... considera que... Pero, ¿con qué fundamento puede pensar ni creer ni considerar nada, si no debe de creerse en posesión de la verdad, porque esto es malo? Si el progresista, sinceramente, cree que no debe de considerarse en posesión de la verdad, sinceramente debe de creer que él ni piensa, ni cree, ni considera nada. Los únicos que tienen derecho a afirmar son los dogmáticos. De manera que el progresista, para ser sincero, debía de callarse, o hablar en un continuo tono dubitante.

En realidad, muchas veces es así; el progresista habla en un tono dubitante. Pero en seguida, incluso sin que nos demos cuenta, dogmatiza sobre ese tono. Se trata, de hecho, de una retirada estratégica, de un situarse más atrás (nuevo retroceso) en una trinchera más apartada del camino común, situada en un retorcido y escabroso repliegue del terreno. Allá, precisamente donde no existen los fundamentos, es decir, un manojo de verdades obvias, palpables, evidentes y universales, de idéntico valor para todos los hombres y para todos los tiempos. Las deducciones progresistas (y ateas, pues en esto como en otras muchas cosas coinciden) carecen de fondo, de base, de raíces, cosa que suele ocultarse con hábiles metáforas, engarzando, por ejemplo, fantasías pseudocientíficas con inventadas exigencias de los tiempos, o hablando, ladinamente, de puntos de vista, enfoques, puntos de partida distintos, y todo para justificar pensamientos desquiciados, e incluso para defenderlos de ataques razonados.

De esta manera, últimamente, lo que importa es la congruencia interna. La huída del silogismo aristotélico y de la exigencia de la ciencia ha parado en esto: en un formalismo logicista en que lo que importa es la consecuencia «buena», correcta, aunque sea falsa. No el acuerdo, con la realidad, sino el acuerdo del pensamiento consigo mismo. Es válido, simplemente, un sistema que no se contradiga. Esto da lugar, indudablemente, a una tremenda anarquía, hasta el punto de transformarse el pensamiento de severo en caprichoso. Pero el pensamiento avanzado, que para justificar una cosa le basta el que no sea razonable, dogmatiza que ante la soberbia amplitud de la realidad misma, los distintos enfoques tienden a completar la esplendorosa panorámica. Esta es la justificación que se ofrece a una babel mareante.

El dogmático tono dubitante del progresista se resiste a emplear juicios de valor. Esto de «los juicios de valor» es una nueva argucia del «otro» Occidente. Es un producto neto de lo que decía antes. El pensar fundamentado afirma y niega. Pero el que no tiene por base otra cosa que hipótesis, dubita. No puede decir esto es así, esto no es así, esto es bueno, esto es malo. La afirmación decisiva, definitiva e inquebrantable está prohibida. Este miedo dialéctico, esta falta de coraje la expresa el progresista (y su compadre el ateo) cuando dice que no quiere emplear juicios de valor. El progresista avanzado es un timorato, pues no pone valor en sus juicios. No afirma ni se afirma. Queda, en realidad, a merced de los vientos.

El progresista, todo él, está comprometido en esta postura. Todo él es así. Respeta, dialoga, convive, tiende la mano a todo y a todos. Este es su espíritu: no es capaz de enfrentarse a nada. La lucha, incluso intelectual, es pecado. Y un juicio de valor lo enfrentaría a otros juicios de valor o sin él... Y esto no puede ser. Esto rompería la idílica armonía, la paz del lobo y del cordero.

Pero este tono dubitante es dogmático. Es como si la debilidad prgresista se fortaleciera con el aire, con nada. El progresista dogmatiza sobre su postura dubitante. Duda, y considera además que es obligatorio para todo el mundo dudar. El no dudar en algo es soberbia, atrevimiento, locura. El considerarse en posesión de la verdad es querer ser más que los otros, considerarse por encima de ellos, cual seres privilegiados. Por lo demás, el hecho de poseer una verdad y afirmarse en ella sin lugar a dudas, los progresistas lo han rodeado de vituperios, copiados, naturalmente. Afirmarse en la verdad: enquistarse, inmovilizarse, detener el progreso, cerrarse... Para avanzar es preciso dudar; como el movimiento del tigre: antes de saltar, toma impulso retrocediendo. Lo malo es que el progresista al retroceder pisa en el vacío, en el abismo insondable, en la negrura tenebrosa. No pisa en ninguna plataforma: pisa en la duda. Se hace la ilusión de que saltando a partir de la duda, «por aproximaciones», alcanzará la verdad. Es el silogismo aristotélico en que las premisas evidentes han sido sustituidas por hipótesis. El progresista es muy mal filósofo y muy mal sicólogo. No sabe que la verdad sólo se obtiene a partir de la verdad, la evidencia a partir de la evidencia.

De todas maneras, el movimiento progresista es éste: retrocede para negar, dudando, el pensamiento ortodoxo. Salta, como el tigre, en busca del pensamiento heterodoxo y ateo. Avance progresista: sustituir un piso firme por fango y lodo.

LAICISMO Y PATRIOTISMO

«El laicismo empezó por la negación de Dios y acaba negando la Patria. Su materialismo endurece el corazón de los hombres, porque los hace egoístas. La falta de dinamismo y la indiferencia moral no son otra cosa que tristes consecuencias del laicismo... Si se hubiese de dar una batalla decisiva para salvar a Francia no serían los fusiles y cañones los elementos principales, sino que se ha de contar con la fuerza moral del soldado, el cual, inspirado en las doctrinas demoledoras del laicismo, es cada día más egoísta y menos aficionado al idealismo del espíritu, y esto jamás podrá conducir a la victoria.»

(MARISCAL PETAIN, París, 1931.)

EL IDOLO SE DESPLOMA

Por IJCIS

1. CREDENCIALES UNICAS

Teilhard de Chardin podía presentar unas **credenciales** de su ortodoxia doctrinal realmente extraordinarias, tal vez **únicas.**

Repasemos tan estimulante **curriculum vitae.**

1926: los Superiores le intiman abandone su magisterio en el Instituto Católico de París. **1927:** Roma niega su licencia al «Medio divino». **1933:** Roma le exige abandonar todo ministerio en París. **1939:** prohibición de publicar «La energía humana». **1944:** se le comunica que «El fenómeno humano» ha sido rechazado por la censura. **1947:** se le **invita** a no escribir más de filosofía. **1948:** prohibición de aceptar una cátedra en el Colegio de Francia. **1949:** la censura rechaza su obra «El grupo zoológico humano». **1955:** no se le permite participar en el Congreso Internacional de Paleontología...

¿Nada más? **1962** (Pontificado de Juan XXIII), 30 de junio: «Mónitum» o advertencia del Santo Oficio: «Algunas obras del padre Teilhard de Chardin, publicadas incluso después de la muerte del autor, vienen difundiéndose con gran éxito. Prescindiendo del juicio acerca de las ciencias positivas, dichas obras presentan en el terreno filosófico y teológico tales ambigüedades y hasta errores de tal gravedad que ofenden a la doctrina católica... Tengan a bien tutelar los ánimos, especialmente de la juventud, contra las obras del padre Teilhard de Chardin y sus secuaces».

1962 (30 de junio y 1 de julio): Severo artículo en **L'Osservatore Romano** comentando el «Mónitum» y poniendo en guardia contra las peligrosas falsedades del recriminado autor.

Con sabia prudencia y espíritu eclesial concluye el padre Urdanoz: «En las revistas y escritos de filosofía y teología, la crítica del sistema de Teilhard crece y se reafirma cada vez con más fuerza. Más aún, después del «Mónitum» del Santo Oficio, no debiera haber teólogo católico que, tratando el tema, no tome posiciones de gran reserva, incluso de repulsa fundamental de la construcción y doctrinas de Teilhard». (Prólogo a «Mito o herejía», de Scaltriti, Pamplona, 1967).

2. DONDE SE CONFIRMA LO DICHO...

Es verdad. La opinión adversa a Teilhard **crece y se reafirma cada vez con más fuerza.** Los ataques, en ocasiones durísimos, parten de los cuatro puntos cardinales de la geografía y del pensamiento.

En abril de 1959 la ponderada revista del Ateneo Lateranense **Divinitas** dedicó todo un número a **cribar** las teorías teilhardianas para dejar **en limpio** sus errores y ambigüedades... y las de sus más incondicionales acólitos. En ella no sólo teólogos de la altura del carmelita Felipe de la Trinidad y del hoy cardenal Journet, sino hasta científicos como Mansi y Alessandri «destruyen literalmente el pensamiento de Teilhard». Con razón se le ha juzgado como el intencionado antecedente del «Mónitum». Artículos semejantes aparecieron en junio del 62 y enero del 63.

Journet viene denunciado ya desde el año 1956, en su revista de Friburgo **Nova et Vetera,** «la incompatibilidad de **los testimonios** (de Teilhard) con los dogmas de la revelación y la doctrina de la Iglesia». No se recata de acusarle en **Studi Catolici** de cambiar esta doctrina **en sí misma,** hasta el punto de atribuir **tres naturalezas a Cristo.**

Del carmelita Felipe de la Trinidad baste esta autorizada afirmación: Su mística «es todo lo contrario de la ascética y mística de San Juan de la Cruz».

¿Para qué recordar al protestante Crespi de Montpellier, con su denuncia de **graves errores;** al evolucionista Simpson, negando **verdadera** ciencia en «El fenómeno humano»; al filósofo belga De Corte, que no encuentra en su devoción el Dios de la Biblia, sino el espíritu humano... **divinizado?**

Desgarradoramente incisivo es el bisturí del moderno crítico galo Charbonneau. Para él su paisano es «un cristiano de etiqueta y de hábito, la cual etiqueta no cubre la mercancía». Tan no la cubre que se echa de ver bien pronto en él «un cristianismo sin Cristo». ¿Cómo? Porque en toda su **honda religiosidad** late un **confusionismo y ambigüedad totales.**

Hasta un alma tan soñadora y pacifista y romántica como el oriental Lanza del Vasto acaba de escribir en **Indice,** sintetizando muy bien el reproche de todos los críticos: «Si hubiera que resumir en tres palabras toda la crítica que hay que hacer a la obra copiosa y compendiosa del padre Teilhard, diríamos: **confusión de planos.** Pero razonar sobre diversas cosas sin tener en cuenta el plano a que cada una pertenece es, en filosofía, un error tan grueso como operar en aritmética con números que se refieren a objetos de naturaleza diferente (multiplicar colores y zanahorias, como se dice vulgarmente)».

3. ¿MITO O HEREJIA?

Esa pregunta es todo un libro equilibrado y sereno, rebosante de caridad y comprensión, del dominico italiano Jacinto Scaltriti.

A pesar de su evangélico empeño por exculparlo de cualquier nota de herejía o de blasfemia —por la sencilla razón de que él siempre quiso ser hijo fiel de la Iglesia y manifiesta una sincera piedad— y de **explicar** en todos sus contextos las frases que más han escandalizado en tal sentido; con todo se ve obligado a denunciar **cuatro fundamentales errores** que conducen lógicamente a **la herejía del teilhardismo:**

1) **Confusión de métodos.**—«Teilhard seguramente se habría escandalizado o indignado si el sacro recinto de los estudios paleontológicos hubiera sido intrusamente invadido por cronistas deportivos. ¿Y qué decir de un palentólogo que entra sin pedir permiso en un aula de teología dogmática, arrojando clamorosamente sobre la cátedra sus **esqueletos** y sus **piedras?»**

2) **Evolución absoluta, aun sin ser atea.**—«El error de Teilhard descansa sobre un punto concreto. Se encuentra cierto parecido con la estatua de Daniel, con la cabeza de oro, el pecho de plata, las cadenas de bronce, las piernas de hierro; pero la punta de los pies era de barro»...

3) **Apologética irénica y forzada.**—«Su razonamiento apologético que debe resumirse así: nosotros los evolucionistas poseemos científicamente la verdad; pues bien, basta apurar nuestro razonamiento hasta sus últimas consecuencias y nos encontramos de frente con la inexorabilidad de todas las soluciones cristianas. Pero resulta que esto es un sofisma, una simple tautología».

4) **Escatologismo evolucionista.**—«Refuta el Doctor Común los errores de Teilhard mucho antes de soñarlos éste, nos preserva de los que posteriormente pudieran desprenderse de sus obras como escollos soterraños y nos permite satisfacer ampliamente sus tremendas y profundas intuiciones siempre que no se queden en meras repeticiones de los desatinos de Montano, Prisciliano o Manes, un tanto remozados de modernismo»...

Y es que, «prescindiendo del mito, Teilhard de Chardin es poca cosa; en la perspectiva del mito, tal vez sea alguien. Concierne a otros descifrarlo, sin forjar con ello una realidad y menos aún sin convertirlo en una religión. En este caso tendríamos **la herejía del teilhardismo».**

4. EL FALSO ARCO IRIS

Teilhard de Chardin no es un hereje formal. Pero en su obra la confusión de métodos lleva a todos los desastres imaginables.

El teólogo ítalo enumera solamente siete. «Que son a la vez siete herejías»: una hidra de siete brazos o siete alucinantes colores de un **falso arco iris.**

«Así vemos que de las páginas de Teilhard de Chardin se sirven todos los **marxistas** para hilvanar un teilhardismo rojo; los **masones** para remozarse con un teilhardismo de color verde; los **nacistas** para reaparecer con un teilhardismo pardo; los **racionalistas** para jugar con un nuevo amarillo-hoguera de Galileo a lo Teilhard de Chardin; los **irenistas** para ponerse todos de acuerdo en el azul teilhardiano; los **semipelagianos** para renovar su error en el limbo añil de Teilhard; los **existencialistas** para no desvanecerse, aprovechando en el color violáceo de los preagónicos un postrer fruto de teilhardismo. En fin, con una porción mínima de cada uno, sin pertenecer a ninguno, está la bufonada del **modernismo teilhardiano,** que podría ser también una simple moda, la gran batahola de un día de carnaval o una enfermedad que desemboque en una fiebre»...

Pero que resulta en realidad «Un caballo de Troya para todos los enemigos de la Iglesia, que forjan con él un arma, cada uno a su modo, para insinuarse en el campo de las Milicias de Cristo.

5. UNA PREGUNTA PARA «YA»

Hablando de la **ejemplaridad** del célebre jesuita se silencian tres hechos graves: **la desobediencia** constante en la difusión irregular y clandestina de sus escritos; **el desprecio,** en la teoría y en la práctica, de la radiante preeminencia (definida) de la virginidad (ver ¿QUE PASA? (19 agosto); **la carta** de 4 de octubre de 1950 a un religioso apóstata de su Orden y de la Iglesia, **tan reveladora** por la ausencia de vibración apostólica y por la aberrante profesión de «una cristología **nueva,** extendida hasta las dimensiones orgánicas de nuestro nuevo Universo, de donde se dispone a salir **la religión de mañana»** (¡¡¡!!!).

¿Que diríamos —después de todo esto— de un periódico que proclamara, impertérrito, que «Teilhard de Chardin es el gran **testigo** cristiano del siglo XX» y su mensaje «el mejor testimonio»; o que afirmara, mentiroso, que se han olvidado los años de hostilidad y anatema en **todos** los ambientes católicos?

Pues es lo que ha escrito **Ya** el 25 de enero y el 6 de abril de 1966.

¡DEMAGOGIA BENDITA!

En la «Hoja Parroquial» de Granada (número de septiembre) leemos:

«Es necesario hacer saltar las estructuras de opresión que impiden toda promoción humana y anulan todo esfuerzo de desarrollo.

En primer término: el régimen de propiedad rural.

La reconquista de la tierra, la promoción de los hombres, el desarrollo de los pueblos, exigen que ese sistema desaparezca totalmente.

Poner en pie a los hombres, **romper las estructuras de opresión,** son condiciones de un desarrollo al que tiene derecho todo hombre.»

Lo relata don Ramón Serrano Súñ

(DEL LIBRO "ENTRE HENDAYA Y GIBRALTAR".-EPESA.-1947)

LA GUERRA MUNDIAL

Y los acontecimientos militares se sucedieron así:

El 1 de septiembre del año 1939, antes de que rayara el día (el 25 de agosto se había firmado el pacto de no agresión germano-soviético), el ejército alemán pasó la frontera polaca por Silesia. Dos días más tarde Inglaterra y Francia declaran la guerra a Alemania. La guerra más grande que conocieron los siglos había empezado. En una campaña que duró sólo dieciocho días fue destruido el ejército polaco. Alemania ocupó Dantzig, el tristemente famoso «corredor», y todo el territorio de Polonia hasta la línea de demarcación germano-rusa.

El 9 de abril de 1940 marinos y soldados alemanes ocupan Dinamarca y Noruega en pocas horas. Los ingleses fueron expulsados de Noruega. Al mes siguiente empieza arrolladora la ofensiva alemana en el oeste. La Wehrmacht penetra en Bélgica, en Holanda y en Luxemburgo. Las fuerzas aéreas alemanas entran en acción en gran escala, con intensidad y resultados hasta entonces desconocidos. El avance es extraordinariamente rápido. Causa impresión la conquista de Lieja; y la destrucción del cinturón belga de fortificaciones crea a juicio de los técnicos militares de todo el mundo una situación extremadamente grave. La famosa fortaleza de «Eben-Emael» que pasaba por ser una de las más importantes del mundo y se consideraba inexpugnable, en la posición clave del dispositivo belga, dominando todos los accesos del Mosa y del Canal Alberto (yo he visto sus grandes fosos y simas, sus túneles profundos, el espesor impresionante de sus muros, ascensores, artillería de todas clases, etc.), fue atacada por **stukas** y paracaidistas en el amanecer del 10 de mayo. ¡En catorce horas se acabó con la resistencia! Los alemanes van a cruzar el Mosa, lo que pone en grave peligro la línea de Amberes y las comunicaciones con Holanda. El día 14 de mayo capitula el ejército holandés y los alemanes entran en La Haya (a juicio de los técnicos la más sorprendente operación de toda la campaña del Oeste). Al día siguiente perforaban el dispositivo francés de defensa por tres puntos en la región de Sedán y llegaban a pocos kilómetros de Bruselas. Allí aparecía el famoso Rommel, entonces nada más que jefe de División panzer. El 17 de mayo han caído Bruselas, Lovaina y Malinas y el 18 ocupan Amberes. La «guerra relámpago», en la que no se creía, se está produciendo. La acción militar se conduce con ritmo desconocido. El Mando militar alemán ha revolucionado la estrategia y la táctica y no deja tiempo al Mando militar aliado para desarrollar en plenitud su potencial de guerra.

Un soldado valiente y patriota, Leopoldo, rey de los belgas, después de luchar al frente de sus tropas, cuando la resistencia era ya a la vez inútil e imposible, evita, con la capitulación, el sangriento sacrificio de su pueblo. Luchó con su pueblo y con él permaneció en la derrota y en la cautividad sin haber querido conquistar —a extramuros de la patria— fáciles y cómodos heroísmos (1).

En París la situación es grave. Se habla de que el Gobierno abandona la capital. El generalísimo Gamelin, de quien se dijo le habían sorprendido los sucesos cuidando las rosas de su jardín de Passy, es destituído. Las carreteras están abarrotadas de fugitivos. La batalla del Mosa se pierde irremisiblemente y sólo se piensa en «otro milagro del Marne». Se anuncia por el mando militar francés la organización del frente en el Somme y en el Aisne. La ofensiva alemana continúa implacable y el 4 de julio alcanza Dunkerque. Una gran batalla con propósito de cerco y aniquilamiento —no enteramente logrados— había terminado y el frente aliado del Norte de Francia había desaparecido. Las mejores Divisiones del Ejército francés fueron capturadas o aniquiladas. Yo no soy técnico ni poseo información suficiente, pero, según noticias del mando alemán, más de 330.000 soldados fueron hechos prisioneros en Flandes. Es verdad que los ingleses, no sin grandes esfuerzos, libraron del cerco en su mayor parte a su ejército expedicionario —cuatro quintas partes según declaración del Gobierno de Londres— que pudo regresar a Inglaterra.

La famosa línea Maginot, con su supuesta invulnerabilidad, básica en los cálculos defensivos de los franceses, pronto fue sólo un recuerdo. La llamada línea Weygand es rota en todo el frente. En pocos días todo se había derrumbado. El 14 de junio los ejércitos del III Reich alemán entraban en París, y el mismo día llegaban a El Havre; ya no se trata de una guerra sino simplemente de una persecución. Tres días más tarde Francia capitulaba. En el histórico bosque de Compiègne, en el mismo vagón de ferrocarril donde en noviembre de 1918 se notificaron a Alemania las condiciones para el armisticio, dio a conocer el mariscal Keitel a los plenipotenciarios franceses (generales Huntziger y Bergeret, vicealmirante Leluc y embajador León Noel), el día 21 de junio, las condiciones para este otro armisticio que al siguiente día quedaba firmado.

Aquel mismo día empezaron a llegar a San Sebastián centenares de coches con franceses y judíos de otras nacionalidades que huían de Francia. Iban cargados con los más heterogéneos equipajes que demostraban la prisa y la angustia de la huída. Eran políticos, banqueros, artistas, aristócratas, gentes humildes y de la clase media, una multitud enloquecida por el afán de librarse del infierno que Francia podía ser para ellos. Y todavía teñidas de rojo las aguas del Ebro —con la sangre española derramada en batalla que hiciera posible la política del Frente popular francés— no se quebró, sin embargo, en la frontera española el asilo que es debido al emigrado político. Si renunció España a las ganancias de hospedera de aquella multitud abigarrada a nadie negó el tránsito hacia Portugal, desde donde la mayor parte de los fugitivos embarcaban para América. (La pluma se resiste a no formular esta pregunta: Un éxodo inverso ¿habría sido posible para nosotros?)

En una mañana soleada de junio las **panzer divisionen** y las escuadrillas de **stukas** —imbatidas— hicieron su aparición —espectáculo entonces imponente— en la explanada de la estación de Hendaya, extendiéndose hasta el mismo puente internacional que une a Francia con España, y a las once y media se arriaba en el puesto francés de policía la bandera tricolor y se enarbolaba la de la cruz gamada. Por el desplome vertical del ejército francés, hasta entonces tenido por el primero del mundo, la frontera alemana había bajado hasta el Pirineo. España, pues, pasaba a lindar por el Norte con el ejército alemán que tan asombrosa victoria acababa de ganar; y por la costa mediterránea, en línea ininterrumpida, seguía otro frente constrictor germano-italiano.

En poco más de medio año de guerra Alemania ocupaba toda la costa occidental del Continente, desde el círculo polar hasta el golfo de Vizcaya. Europa entera quedaba de rodillas ante el germano vencedor. Y frente a sus ejércitos, que contaban entonces con el más moderno material, con la técnica mejor, el mando más experto y la más elevada moral ¿quién podía aquí —y con qué—, con posibilidad material, oponerse?

Nadie que no fuera loco podía pensar en esto; y la verdad es que nadie, ni cuerdo ni loco, lo pensó entonces. La cuestión era bien distinta. Cabalmente era la contraria. Si no nos sumábamos al vencedor ¿cómo librarnos de ser ocupados? Siendo neutrales, sin manifestar simpatías ni preferencias, ¿verdad? Ahora las cosas se dicen muy sencillamente, a veces muy tontamente. De la cuestión se hacía supuesto, ya que justamente el gran problema era ése: ¿cómo, entonces, en aquellas circunstancias, se podía ser neutral? Vivimos tiempos en los que para ser neutral (¡buenos están el Derecho internacional público y privado!) no basta querer: Hay que hacer equilibrios. Se pretende por algunos que hubiéramos debido ser neutrales con una neutralidad que no significara amistad para el poderoso vecino. ¿Saben lo que dicen quienes así hablan? ¿Están en su sano juicio? No ya una neutralidad inamistosa, la neutralidad **químicamente pura**, una neutralidad sin palabras, sin actitudes, sin gestos de amistad, habría sido nuestra catástrofe. Habríamos sucumbido con daño nuestro que es lo que, al menos a mí, me importaba evitar, pero, de rechazo, también con daño de nuestros detractores.

SITUACION POLITICA GENERAL DEL MUNDO AL ESTALLAR LA GUERRA

Después de esta rápida ojeada a la situación militar del mundo quiero hacer otro tanto en relación con la situación política general, que no era muy diferente. Por aquellas fechas no era presumible, al menos por problemas europeos, la entrada de los Estados Unidos en la guerra. Pese a la tenacidad de la política rooseveltiana, el pueblo permanecía en su mayoría contrario a la intervención. Merece la pena puntualizar ahora con precisión lo que entonces acontecía en la política americana:

Vandenberg, uno de los candidatos republicanos a la presidencia de los Estados Unidos, con su discurso del 16 de septiembre de 1939, rompe la tregua política y ataca a Roosevelt por su tendencia a modificar la ley de neutralidad. Con parecida finalidad se constituye el día 23 de aquel mes un bloque de 24 senadores que preside el republicano Johnson y se anuncia la creación de un «Comité Nacional» («America First Committee») con muy destacadas personalidades: Henry Ford, el ex presidente Hoover, el glorioso aviador Lindberg y el gobernador Lafollette. La Conferencia Panamericana rechaza la lista de contrabando inglesa «a fin de asegurar la libertad de comercio» (3 de septiembre de 1939). Presionado por el ambiente, el propio Roosevelt dice en un discurso (25 de octubre de 1939) que «los Estados Unidos son neutrales y no tienen intención de verse envueltos en una guerra». Sólo hace la salvedad de que no es neutral el pensamiento americano. La discusión en torno a la abolición del embargo de armas es muy viva en todo el país; el diputado demócrata Barton manifiesta que puede ser la señal de la más estúpida y criminal de las guerras que nadie desea. La prensa se agita. El «Herald Tribune» pregunta por qué Duff Cooper, «que ha sido uno de los más entusiastas belicistas, no lucha en las trincheras, en lugar de haberse trasladado a los Estados Unidos con el propósito de arrastrarlos a una guerra» (1 de noviembre de 1939). El «New York American», órgano aislacionista del senador Johnson, entiende que el viaje de Summer Welles a Europa es el primer paso hacia la guerra (9 de no-

---

(1) Paul Reynaud acusó al Rey. El Ministro británico de Información, Duff Cooper, hizo justicia con estas palabras: «El Ejército belga no podía continuar la lucha. Ha luchado bravamente, ha sufrido y mucho y sólo ha cedido ante una superioridad abrumadora.»

Anatole de Monzie había escrito: «La hipótesis de una traición de Leopoldo III que será anunciada a la gente es inaceptable, imbécil y monstruosa.»

El Ministro Spaak había reconocido en mayo la extraordinaria gravedad de la situación.

er, que "era", que "estaba" allí...

viembre de 1939). Un año más tarde el «New York Times Magazine» publica un artículo del rector de la Universidad de Yale en el que señala la «oposición de la juventud norteamericana a entrar en la guerra». Kennedy, embajador de los Estados Unidos en Londres, y Bullitt, en París, se expresan en términos pesimistas. El primero, según una información del «New York Daily Mirrror», considera que Inglaterra está vencida. En diciembre de 1940 anuncia públicamente su dimisión de embajador y manifiesta que todos sus esfuerzos serán encaminados a ayudar al presidente Roosevelt a mantener al país al margen de la guerra. El general yanqui Hugo Johnson, después de censurar la política del bloqueo que practican las potencias occidentales —lo que significa la guerra contra las mujeres y niños— dice que «los Estados Unidos deberán aprovechar la lección y mantenerse apartados de la guerra» («World Telegram», de abril 1940). El secretario del Tesoro, Morgenthau, en mayo de 1940, califica de incobrables los diez mil millones de deuda de la pasada guerra y dice: «Dudo mucho que los americanos quieran repetir la experiencia».

Por aquel tiempo el desenlace de la guerra se veía oficialmente con poco optimismo, como demuestran estas palabras del Secretario de Marina: «Una de las razones para el refuerzo de la Marina norteamericana **se basa en las posibilidades de una derrota de los aliados».** (Respondía a una serie de preguntas formuladas por la Comisión Naval del Senado yanqui en relación con el programa del rearme. 16 abril 1940.) El senador demócrata Downey declaró que los embajadores Kennedy y Bullitt habían predicho, en una sesión celebrada por la Delegación militar del Congreso, la próxima capitulación de Londres y París; y que el mismo presidente Roosevelt le había dicho personalmente que le parecía segura la victoria de Alemania.

LAS DOS BANDERAS

Por ABELARDO DE CARLOS

Hay ciertos problemas que por su importancia merecen ser examinados clara, cruda, concreta y directamente, sin el menor circunloquio, paliativo ni atenuante. Y el que vamos a exponer lo merece.

I

No ha habido en el mundo moderno ni un solo jefe de Estado que haya hecho más, en su nación, a favor de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana que Francisco Franco. Se analice como se analice, desde el 18 de julio de 1936 hasta el día de hoy, cuanto aquí han recibido ella y sus miembros en respeto, amparo, defensa, ayudas, relieves sin fin, ha excedido en prodigalidad con cuanto pudiera evocarse en el largo de la Historia moderna. Exactamente igual que en atropellos, persecuciones, sacrilegios, asesinatos, expoliaciones, destrozos y limitaciones de toda índole obtuvo por parte de la égida aquí del Frente Popular y de su previa República democrática y anexos. Negar estas dos verdades es faltar a la equidad sin rebozo alguno.

Y bien: sería muy interesante conocer la reciprocidad con la que todos y cada uno de sus citados miembros corresponden a una y otra manera de conducirse estas dos partes: Francisco Franco y cuanto él supone —la España Nacional—, de un lado; del otro, el Frente Popular, sus corifeos y acompañantes democráticos. Ese examen de conciencia revelaría terribles responsabilidades para algunos.

II

Si aquilatamos a la décima de milímetro cuál es la situación actual en España de las clases laborales, de las clases menos pudientes, y cuál era la situación que las mismas tenían antaño observaremos que, por encima de las estadísticas manipulables, ha desaparecido la miseria, está casi extirpada ya la pobreza, la legislación social ha permitido una situación que es estrictamente más justa para el productor y para sus familiares; el obrero tiene unos salarios defensivos, viviendas cada vez más abundantes y humanas, dispone paulatinamente de una mejoría en su nivel de vida, obtiene unas asistencias de carácter sanitario, social y cultural incomparables a las de antes, en aquel régimen democrático que tanto «decía» en pro de estas mismas clases a las que engañaba dándoles realidades bien opuestas. Sería muy curioso saber el número de televisores, transistores, electrodomésticos, pisos en propiedad, excursiones turísticas de vacaciones y medios propios de locomoción de hoy, en pleno derecho y paz, sencillamente han adquirido tales productores sin que para ello les haya sido preciso alterar el orden público ni recibir aplicaciones de la fórmula que les aplicó aquel jerarca relevante y democrático del Frente Popular: «Tiros a la barriga».

En el fuero interno de cada buen obrero o empleado español —como casi todos lo son— todo esto se sabe y no se olvida (aun cuando alguna dignidad ofuscada lo niegue).

III

Pasemos a otro aspecto: al pudiente, ya fuere como capitalista o como relevante empleado con pingüe remuneración. Si en la soledad, con la mano en su conciencia, echa cuentas del riesgo que tuvo de perderlo todo, absolutamente todo bien material, y hasta su propia vida, en aquella etapa en la que se quiso hacer pobres a los ricos sin haber sabido hacer ricos a los pobres, debe de reconocer que tan sólo merced a la actuación de Francisco Franco y cuanto él representa hoy se puede disfrutar en pleno sosiego, paz y respeto general de cuanto acusa un nivel de vida excepcional, por demostraciones fehacientes. De bien nacidos es el ser agradecidos y por ello nada de esto se puede olvidar.

* * *

Es cierto, es innegable, que siempre se aspira a la superación en forma incansable y que es muy humano pretender llegar a la perfección, olvidando que ésta es exclusivamente un don divino. Tampoco se recuerda que muchos espectadores, cómodamente sentados en su localidad, sin riesgo alguno, se creen en condiciones de criticar esta o aquella faena del diestro que está en el redondel, ignorando aquéllos las condiciones del cornúpeta y hasta el peligro capital que tiene el torero. Toda esta manera de ser la llevamos en la masa de la sangre y de ahí que a esa labor de crítica irreflexiva no se le deba dar mayor importancia.

Pero cuando un hombre está «quemando» materialmente su vida desde los diecisiete años de edad en holocausto a España, siempre permaneciendo en los puestos de máximo peligro, riesgo y responsabilidad, siempre dando y alcanzando más de lo que humanamente cabe esperar, merece que no se le olvide un solo momento y que se tenga en cuenta cuanto nos ha dado, todo lo que nos ha evitado y cómo muchos de nosotros nos hemos excedido en el consumo de saliva, a veces injusta y suicidamente.

El desenvolvimiento operado en España en este lapso de tiempo, y en todos los conceptos, se debe en forma esencial al orden, a la regularidad gubernamental, al espíritu impuesto por este Jefe que es, en todo, la antítesis de cuanto encontrábamos en aquella República, pórtico del hundimiento integral de España. Las obras se juzgan por el conjunto y no por detalles aislados. Esto no puede ignorarlo el comerciante, el industrial, el agricultor, el profesional, el propietario, el jubilado, el obrero, el empleado, si es que cuentan las realidades habidas, no lo que todavía desea cada uno alcanzar; si es que recuerdan bien todo lo que ya han llegado a poseer, tras haber estado a punto de perderlo todo.

Hemos de tener presente que en esta «Era» que parte del 18 de Julio de 1936 hemos salido del cero absoluto, porque la pura verdad es que estaba naufragando aquí absolutamente todo. Merced a Dios, al millón de muertos sacrificados para alcanzar una España mejor y merced a Francisco Franco y cuanto él representa y le asiste no hemos cesado de subir verticalmente. No se niegue ni se olvide.

Tampoco se olvide y se niegue que las malas compañías en todos los órdenes son las que arrastraron la Monarquía hasta la República; la República hasta el Frente Popular; y si a éste le falló su propósito en forma rotunda, no por ello deja de intentar filtrarse por todas partes con sus ciegos y suicidas «compañeros de viaje» para ver de conseguir, tras Francisco Franco, lo que tan ávidamente anhela.

Que esa memoria y esa experiencia, hasta por propio egoísmo, nos dé al clara conciencia de nuestro deber, y por ello seamos rotundos al enjuiciar este problema en la misma forma a como San Ignacio nos reclama en su meditación de las dos banderas: «O con Dios o contra Dios». Los términos medios son menos todavía que el frágil cañizo en un trágico derribo.

EL CARLISMO: SU GESTA SIEMPRE FUE SOLITARIA

HOY, VENTANA ABIERTA AL FUTURO

Por GONZALO VIDAL. - Pbro.

Regla vieja y constante en la Historia es que las guerras civiles, cualquiera que sea su móvil, repercuten en el exterior. Contribuye a ello el constituir ocasión para que las potencias extrañas procuren explotar en provecho propio las disensiones íntimas de otro país, bien con el propósito de disminuirlo, bien con ánimo de conseguir en él posiciones de preponderancia. Y colabora la natural preocupación de los bandos que luchan, ansiosos de contar con el reconocimiento de otros Estados.

Si se analizaran las guerras civiles modernas y las actuales se observará al punto esta realidad, manifestada en intromisiones oficiales u oficiosas del extranjero y en contactos más o menos activos de cada parte con las Cancillerías. Así, toda guerra civil suele tener una proyección internacional.

Pasando a observar en este orden de cosas qué sucedió en España respecto al fenómeno del carlismo durante la primera guerra civil carlista, los hechos muestran que en ninguna ocasión de su permanente vigilia guerrera tuvieron los partidarios de don Carlos aquel carácter de agentes o colaboradores de poderes extranjeros que fue compañía constante de los seculares e históricos jacobitas de los Estuardos de Inglaterra.

Nunca se ha podido decir que el carlismo haya estado al servicio de fuerzas extrañas. Y si se lanzó contra él la calumnia del antipatriotismo a propósito del misterioso alzamiento de San Carlos de la Rápita, tal imputación es a todas luces injusta, por la sencilla razón de que al producirse la intentona acaudillada por el general Ortega, la guerra de Africa ya estaba concluida. Aparte de eso, en medio de la oscuridad que envuelve la preparación y desarrollo del citado movimiento carlista, aparece bien claro que el golpe no tenía relación alguna con otras potencias, pues su trama estaba toda dentro del país, y que existieron amplias y desconocidas ramificaciones en el bando isabelino-liberal, las cuales, al frustarse el plan, fueron cuidadosamente ocultadas.

El carlismo no dependió nunca del extranjero ni consintió jamás ser utilizado como palanca por fuerzas extranjeras. Esta conducta ha sido en toda su existencia norma invariable.

No es que en las guerras carlistas se quebrase la ley que convierte las contiendas civiles, quiérase o no, en pleitos de alcance internacional. Al contrario, aquellas luchas apasionaron a Europa y estuvieron a lo largo de su desarrollo en el primer plano de la actualidad. Lo ocurrido fue que las intervenciones extranjeras se produjeron precisamente por el lado opuesto al carlismo, para derrotar a éste y aplastarlo.

Durante la primera guerra carlista fue esto bien notorio. A don Carlos le reconocieron Holanda, Prusia, Austria, Rusia y Nápoles. Estas adhesiones se debieron a pura cuestión de principios y no se tradujeron en asistencia material. Los países citados no tenían intereses en España, y ni en ellos se preparó el alzamiento carlista ni de ellos recibió el Rey Carlos más que palabras alentadoras. Así, entre la montaña de difamación con que diversos sectores del liberalismo español obsequiaron al carlismo, jamás se le ocurrió a nadie decir que fuera agente del Emperador de Austria o que estuvo al servicio del Zar de Rusia. Es que, en verdad, todo se había reducido en mero reconocimiento diplomático, del cual la causa de don Carlos bien poco o nada sacó. El bando liberal sí tuvo sustanciales apoyos exteriores, recogidos por Balmes en una concluyente página de sus «Escritos políticos», apoyos de los que fue columna vertebral la Cuádruple Alianza, formada por los Gobiernos de Madrid, París, Lisboa y Londres, reflejada en socorros de dinero, armas y tropas. La pelea del Carlismo, respecto al exterior, cumplióse en absoluta soledad. Estaban con sus enemigos y activamente los vecinos próximos de España. Don Carlos, desde luego, tuvo la simpatía de grandes sectores de la opinión europea, incluso en los países que se pusieron al lado de su sobrina Isabel. Pero ahí quedó todo; su gesta fue solitaria y en el terreno de los hechos nunca recibió apoyos de tal o cual potencia.

Hubo un momento en que le llegó una oferta tentadora. Ocurrió al comenzar el verano de 1839. Holanda se prestaba a conceder a don Carlos 24 millones de pesos fuertes a cambio de que cediera las Filipinas a una Compañía holandesa semejante a la que entonces tenían en la India los ingleses. Sabida es la penuria económica en que se desenvolvió la acción del carlismo desde el principio al fin de aquella contienda. La suma ofrecida por el Gobierno holandés era muy considerable para aquel tiempo. Por otro lado, frente a la opinión falsamente difundida, la causa de don Carlos se mantenía firme aunque sólo faltasen dos meses para el Convenio de Vergara, pues sin la desgraciada actitud de Maroto las tropas carlistas podían haber prolongado la lucha mucho más. Precisamente el mismo Maroto en su «Vindicación», no sé por qué dejó escapar una afirmación que en nada favorece a su tesis. Dice que en 1839 andaba el Carlismo hacia la victoria merced a la enorme actividad victoriosa de Cabrera.

En efecto, si la campaña se había estabilizado en el Norte, es evidente que el Gobierno liberal a duras penas podía contener en el territorio vasconavarro a las fuerzas carlistas. E igualmente es cierto que Cabrera estaba llegando a un grado tal de potencia y organización, en un amplio territorio de Aragón y Levante, que su ejército estaba a punto de ser tan numeroso y fuerte como el dirigido por Maroto. Allí, como en Cataluña, fue más lenta que en el Norte la creación de un ejército regular por los carlistas. Pero Cabrera lo había logrado ya en 1839, y en Cataluña la organización se perfeccionaba a grandes pasos.

Sin Vergara, les esperaban a los liberales de Isabel trances más angustiosos que los precedentes. En semejantes condiciones, el ofrecimiento holandés era una aportación económica importantísima. Jamás habían visto los carlistas en sus vacías arcas una cantidad de dinero así. Pero don Carlos rechazó con indignación la propuesta.

Pirala, liberal de pies a cabeza, escribió lo siguiente: «A tener don Carlos y sus partidarios menos patriotismo, recursos les sobraran; pero preferían la muerte a la deshonra.» («Historia de la guerra civil», tomo V, pág. 520.)

En sus insurrecciones siguientes aún se vio el Carlismo en mayor soledad. Don Carlos VII no tuvo siquiera la adhesión platónica de otros monarcas. Si las Cortes de Viena y San Pertersburgo simpatizaban o no con él, la realidad fue que mantuvieron correctas relaciones diplomáticas con los Gobiernos de Madrid. Y si a la notificación primera que el Rey Carlos VII envió a los distintos Estados de Europa contestaron de Londres con un hábil y cortés eufemismo negador, de Berlín la devolvieron con ruda grosería. A espaldas de don Carlos no hubieron potencias extrañas.

Esa fue la línea permanente del Carlismo. Nadie pudo acusarlo jamás de servir a otros intereses que los de España, pues que se sacrificó siempre en aras de la dignidad nacional y nunca hubo quien le aventajase en abnegación y sacrificios por Dios y por la Patria. Por encima de filias y fobias, esto ha sido generalmente admitido por sus adversarios, salvo alguna rara y torcida excepción, y así ha entrado ya en la Historia. Desde su nacimiento y en toda su vida, sin intermitencias, sus príncipes, sus jefes, sus masas y sus voluntarios tuvieron siempre y siguen teniendo hoy —sépalo don Rafael Calvo Serer, periodista del diario «Madrid», «viajero incansable desde Nueva York a los Balcanes y al Oriente Medio», consejero de don Juan, el de la rama liberal, profesor y escritor, y también todos los «abecedarios»— con aferramiento tenacismo, con lealtad insuperable, vocación y voluntad de servir a la santa causa de la tradición española. Consumióse así el Carlismo, para renacer reiterada y sucesivamente de entre las llamas en la defensa y exaltación de la **suprema síntesis española:** Dios, Patria, Fueros y Rey. Y no hay quien pueda desmentirlo.

Desde la Umbría de Onteniente, septiembre 1967.

LA ALTA POLITICA DE ESTE MUNDO

El mágico vuelo de unos helicópteros

Todo sucedió como en una novela policíaca americana. Casi habría que aclarar que no con tanta limpieza.

Sucedió hace siete años. Adenauer era canciller; Franz Strauss, su ministro de Defensa. El ejército federal alemán había encargado en los Estados Unidos 90 helicópteros del tipo «Sikorsky S-58». En la travesía desaparecieron misteriosamente 24 máquinas; 90 se habían cargado en los Estados Unidos, pero sólo 66 llegaron a Old Germany. Inmediatamente fueron alarmados Policía y servicios secretos, a este y al otro lado del gran charco. Durante dos meses se buscaron desesperadamente los 24 aparatos que habían desaparecido sin dejar huella. Entonces los servicios estatales alemanes recibieron una discreta orden de la superioridad: «No eran deseables más investigaciones.» Los aparatos desaparecieron. Al parecer habían caído en el océano. El servicio secreto americano (F. B. I.), sin embargo, no recibió ninguna indicación, a pesar de que el departamento de control de municiones del ministerio de Asuntos Exteriores US sabía lo del truco de los helicópteros. Y así finalmente se esclareció el misterio de los helicópteros. Ahora la revista americana de Aviación y Navegación Espacial, «Aviation Week and Space Technology» revela todo el engaño.

En el marco del regalo ilegal de armas de la República Federal Alemana a Israel, en un protocolo adicional al tratado de reparaciones, se concedió también el suministro de helicópteros. Por temor a una reacción árabe se mantuvieron secretos estos suministros. Así los helicópteros desaparecieron como en un «Thriller» y se les entregaron a los israelíes bajo cuerda. La revista americana describe cómo sucedió esto: «Un barco de carga alemán con seis helicópteros a bordo salió a la mar desde un puerto americano. Entró en un puerto del norte de Europa, convenido antes (por ejemplo, Rotterdam o Amberes), y atracaba al lado de un barco israelí. Bajo el manto de la oscuridad se pasaron dos helicópteros. Sólo después seguía el viaje hasta Bremerhaven. Y así atracando y desatracando, sucesivamente, «volaron los helicópteros».

Todo esto es lo que en este mundo se llama POLITICA.

Don José Calvo Sotelo pronunció un memorable discurso en San Sebastián el 19 de noviembre de 1935. Dijo en él:

Cuando los Poderes más altos se quieren situar entre la revolución y la contrarrevolución, favorecen la revolución, ya que quien no está contra ella, con ella está.

No cabe admitir la hipótesis de que los socialistas vuelvan a mandar en España sobre el Ejército, que deshonraron; sobre las fuerzas civiles de Orden Público, que sacrificaron; sobre la economía, que arruinaron.»

¿Habla alguien de socialismo?

COMO NACIO, CRECIO Y ESTALLO EL "CASO LEMERCIER"

"Cuernavaca y el progresismo religioso en México"

POR EL DR. JOAQUIN SAENZ Y ARRIAGA.-PBRO.

4.—Empezaremos por estudiar el primer caso de este «affaire» internacional, el caso del Padre Lemercier.

Ha sido el más escandaloso. Ha sido el que primero se desenmascaró. Ha sido el primero también sobre el cual Roma ha pronunciado una sentencia, que a nosotros nos parece definitiva, pero que a Monseñor Méndez Arceo y a todos sus asociados les ha parecido inaceptable. (La definitiva vendría después, reduciéndole al estado laical.)

Conviene que precisemos el estado de la cuestión para no incurrir en tanta confusión y en tantos errores como han circulado aun entre personas bien intencionadas, que no han sabido captar el enfoque correcto del caso lastimoso del Padre Lemercier.

La Santa Sede, en las diversas actuaciones que ha tenido, no ha querido ni estudiar, ni condenar el «psicoanálisis», como ciencia, como experimento, como medida terapéutica. Es verdad que, según las informaciones de la prensa, don Sergio Méndez Arceo, en el Concilio Vaticano II, presentó a la consideración y estudio de los Padres este problema. Es verdad que, como argumento decisivo de su demanda, recordó el caso, tan mal examinado, de Galileo, en el que, según su Excelencia, la Iglesia tuvo que retractarse, por haber dado una sentencia contraria a los progresos de la ciencia humana. Condenar el psicoanálisis, sostuvo el señor Méndez Arceo, era comprometer la indefectibilidad de la Iglesia; era negar el evidente progreso de la ciencia humana.

Pero la proposición del Obispo de Cuernavaca, sin duda alguna inspirada por el Padre Gregorio Lemercier, no tuvo eco alguno en el Concilio y la propuesta de don Sergio no fue ni siquiera discutida.

Pío XII había ya hablado del psicoanálisis, de esa ciencia en mantillas que tanto se comenta sin un conocimiento profundo de lo que es, de lo que está científicamente demostrado y de las múltiples hipótesis y teorías que pululan acerca de esta incipiente ciencia, arte o terapéutica humana. El Papa había hecho ver los graves peligros que el psicoanálisis (teoría o práctica) puede tener; pero estas advertencias no deben ser consideradas como una reprobación, ni como una aceptación ilimitada por parte de la Iglesia, que sigue esperando las conclusiones ciertas de las ciencias.

En el caso del Padre Lemercier y de su convento benedictino no se trataba del psicoanálisis como tal, sino de una «aplicación concreta» del psicoanálisis, en el orden sobrenatural, en la selección y discernimiento de las vocaciones religiosas y en la santificación y perfeccionamiento espiritual de las almas consagradas a Dios.

Fue en este sentido y solamente en este sentido en el que el Tribunal del Santo Oficio o de la Congregación para la Defensa de la Fe (como hoy se llama), la Congregación de Religiosos y el Tribunal de Cardenales nombrado por el Papa, pronunciaron su sentencia condenatoria y prohibitiva. No fue condenado el psicoanálisis, sino el uso concreto que del psicoanálisis pretendía hacer e institucionar el ex abad.

Además, en el caso que estudiaron los jueces de Roma había otros puntos gravísimos, que tal vez nunca se conocerán a fondo por el público, porque la discreción, la caridad y el procedimiento usual de esos Tribunales imponen el más absoluto secreto sobre las motivaciones de su sentencia. El peligro está en que hay otras personas que conocen, por caminos distintos, el caso del ex abad y sus ex monjes. ¡Ojalá y nunca salga a la luz pública esta información que la Caridad cristiana trata de velar!

5.—No me voy a detener en recordar la historia brumosa de la fundación del Monasterio de Santa María de la Resurrección. De los tres monjes benedictinos que vinieron de Bélgica, dos abandonaron el sacerdocio y sólo el Padre Lemercier se quedó en Cuernavaca. Gracias a la «comprensión de Monseñor Méndez Arceo —como llama el P. Lemercier al invariable apoyo que del Prelado recibe—, logró establecer, tras el fracaso de la primera fundación de «Montecasino», el nuevo monasterio de Santa María de la Resurrección, que fue desde su fundación un foco activísimo de doctrinas subversivas y de prácticas decididamente condenables, encubiertas a partir de 1956, por una liturgia totalmente nueva y por el psicoanálisis, acompañadas ambas cosas por un esteticismo religioso, que venía a estilizar en forma tal las antiguas imágenes, que bien podemos decir que era una iconofobia disfrazada de modernismo.

No podemos menos que señalar con dedo acusador el paralelismo ideológico y de actividad sincronizada entre esas reformas estridentes del monasterio benedictino y la transformación verdaderamente lamentable de la vetusta Catedral, hecha por su Excelencia el Obispo de Cuernavaca: la misma iconofobia; el mismo desdén manifiesto por la Divina Eucaristía, el mismo folklórico y espectacular teatro de la nueva liturgia, la liturgia diseñada por el inquieto benedictino que no es la liturgia aprobada por el Concilio.

6.—Ignoramos las causas que introdujeron en el nuevo monasterio la práctica del psicoanálisis. ¿Fue algo premeditado, algo importado de Europa por el abad? ¿Fue un problema personal, que se agudizó en él, al verse ya cabeza del nuevo monasterio soñado por él? ¿Fueron las inquietudes de sus hijos las que obligaron a Lemercier a buscar en el psicoanálisis como el remedio urgente de ocultos males que comprometían la existencia misma de su obra? Nadie puede responder a estas preguntas sin conocer a fondo no sólo el proceso de los Tribunales Romanos, sino la sentencia del Tribunal de Dios.

Lo cierto es que el psicoanálisis entró en el monasterio con tal éxito, que muy pronto vino a suplantar totalmente los principios y la práctica de la ascética y la mística tradicionales, hasta convertir esta discutible teoría y práctica en el nuevo evangelio, el mensaje trascendente, con que el ambicioso monje quería curar los males del mundo y fusionar en un perfecto ecumenismo todas las religiones, todas las ideologías, todas las costumbres de esta humanidad agobiada y enferma.

7.—Era imposible que Roma desconociese las pretensiones y los hechos del P. Lemercier y de sus monjes. La Congregación del Santo Oficio, como entonces apropiadamente se llamaba, la que ahora tiene el nombre posconciliar de la Congregación para la Defensa de la Fe, una vez informada, actuó decididamente y lanzó su primera advertencia, el «Monitum» del 16 de julio de 1961, en el que se reprobaban las prácticas psicoanalíticas entre los novicios y se advertían sus graves peligros para sacerdotes y religiosos de uno y otro sexos. Nos permitimos reproducirlo.

(Continuará.)

"WIFREDO EL CORREOSO" Y LOS "CUARENTA PATRIARCAS"

Wifredo Espina (en Cataluña le llaman «Wifredo el correoso», por cuanto escribe en EL CORREO CATALAN) ha escrito, según el diario «Madrid» del pasado día 26, bajo el título «Los cuarenta patriarcas», lo siguiente:

«Se hicieron públicos los nombres de los cuarenta consejeros nacionales del Movimiento, de libre designación «entre personas de reconocidos servicios». Según la nueva Constitución española, «al cumplirse las previsiones sucesorias, estos cuarenta consejeros adquirirán el carácter de permanentes hasta cumplir la edad de setenta y cinco años, y las vacantes que en lo sucesivo se produzcan entre los mismos se proveerán por elección mediante propuesta en terna de este grupo de consejeros al Pleno del Consejo.»

Como los consejeros nacionales, guardadores de la esencia del Movimiento, son por derecho procuradores en Cortes, y a éstos se les llama «padres de la Patria», quizá no sería inadecuado denominarles a estos «cuarenta», cuyas vacantes se cubrirán a propuesta de ellos mismos, los «patriarcas de la Patria».

* * *

«Wifredo el correoso» esgrime jocundo el arma de los sarcasmos, en tácita o implícita servidumbre, sin duda, de la forma democrática de gobierno que no creaba de un golpe «cuarenta patriarcas de la Patria», sino que elegía, por sufragio universal directo a los diputados a Cortes e inmediatamente los asesinaba, no con las armas del sarcasmo, sino con las de fuego del propio Estado democrático y de los sicarios de sus partidos y sus partidas.

¿Cuántos diputados a Cortes eligió la República española por sufragio popular directo el 16 de febrero de 1936? ¿Y a cuántos de esos diputados electos, proclamados y en ejercicio, acribilló a tiros, asesinó alevosamente la propia República? Esta, conforme al implícito deseo de «Wifredo el correoso», no nombraba patriarcas. A patricios como José Calvo Sotelo, que podían haber llegado a serlo, los baleaba en la nuca y abandonaba sus restos en los caminos.

¡A VOTAR!

Pero a conciencia y sobre seguro.

Las últimas elecciones para representantes en Cortes —16 de febrero de 1936— dieron por resultado la elección de 473 «procuradores». De ellos, 260 de izquierdas, 213 de derechas. Todo esto, a pesar de que los escrutinios arrojaron 3.912.086 votos a favor de las izquierdas y 4.653.905 a favor de las derechas.

¡Matemáticas liberales y democráticas!

Además, a la República Democrática de aquellos tiempos el «fraude técnico» le pareció poco, y de los 213 «procuradores» de derechas ¿a cuántos mandó asesinar a los cinco meses de haber sido elegidos?

Investiguen, mediten y resuelvan los candidatos, y electores de estos días.

PARA ARTURO EL INGENIERO

ACTO TERCERO

EL FANFARRON, DE PLAUTO

Sentados Constantino, Ruiz Vallés y yo veíamos el devaneo de las olas que se agitan rebeldes, quedando siempre el mar en un mismo ser. Yo le pregunté a Ruiz Vallés algo en su relación con ¿QUE PASA? que él no quiso contestar. Mas yo luego:

—¿Supiste que se fuera a publicar lo de Arredondo?

—Tenía alguna noticia del escrito por carta de Madrigal, quien estaba recabando de Arredondo la supresión de ciertos términos indecibles. Yo me limité a no responder a la consulta sobre este punto (y dicen que «quien calla, otorga»), pues lo fiaba a la prudencia del director. El mismo prometió omitir conceptos intolerables. ¿Ahora qué es lo «tolerable», amigos míos...?

Hubo una pausa en que se oían rugir las olas. Vallés la interrumpió diciéndole a Constantino:

—Lee aquel párrafo donde, bravucón, Arredondo se mete a perdonavidas.

Constantino leyó: «Yo, Arredondo, podría exigirle (a Ruiz Vallés) una reparación de mi respetable dignidad personal ofendida, pero no voy a hacerlo.»

Yo tercié:

—¡Mira por dónde el primer ofensor se hace ahora dolida víctima y qué bueno está que uno se dedique a halagarse a sí mismo con epítetos «respetables»...!

Constantino.—Y faltar con gravísimas ofensas él mismo, quien no supo aguantar las merecidas cuchufletas.

Ruiz Vallés.—Era tanta el ansia de Arredondo por salir en liza, que a cambio de ello tuvo que consentir que le cercenaran del texto no ya aquellas injuriosas calumnias que han quedado, sino los términos ineducados que no admite el código del buen decir...

Constantino.—Este midió la arena por modo de «latifundio», así que, arrancando por un cabo la publicación de su artículo en el mes de las uvas, por el otro amagaba llegar hasta la Navidad.

Trigecio.—Y dice cosas perentorias acerca de su valentía.

Constantino.—A mí, que soy Arredondo, «me consideran **ecuánime, aunque agresivo e impetuoso...**».

Trigecio.—¡Oh, cuántas cosas buenas, y al parecer en nada contrapuestas «los otros» le atribuyen al persecutor de «garibaldinos»...! Ahora el «divino» Vallés, ¿no tendrá algún texto apropiado de las clásicas humanidades para rotundo encomio de los «autobombos»?

Ruiz Vallés.—Esa comedia de «Los fanfarrones», que Plauto adaptó al latín cuando los bisabuelos de Cicerón aún no sabían balbucir la lengua materna:

«¡Ved cuál relumbra mi adarga
más que los rayos del sol...!»

(Plauto: **El soldado fanfarrón**, acto I.)

Constantino.—El prócer «relumbrante», dice en ¿QUE PASA?: «¿Por qué voy a tratar cortésmente a quien me maltrata?»

Trigecio.—Este, por lo visto, guarda las cortesías en forma de «tortillas en escabeche»...

Constantino.—Y para meterse con las niñas...

Trigecio.—Acaso lo «veraz» está en decir que a él no le agradan «ni aún las mentiras piadosas».

Constantino.—¡Ya vendrá otro rato el capítulo de las mentiras que a él le agradan...!

Constantino.—El ha tocado en su socorro «al arma» de puños y pistolas que mal le van a oír... Pero también es valiente, y llega a invocar a sus propios hijos, contra los cuales no tenemos nada.

Ruiz Vallés.—Recuerdos de «Miles gloriosus» cuando Plauto decía:

«Sus hijos nacen guerreros:
por mil años vivirán...»

(Plauto: Obra citada, acto IV.)

Trigecio.—El, sin embargo, les llama «ye-yés», sin que nos conste que le dan permiso.

Constantino.—Dice que tú te muestras «tierno y galvanizado» porque son muchos.

Ruiz Vallés.—El, sin embargo, porque yo soy uno solo, se muestra aún más «galvanizado»..., aún más «tierno»...

Trigecio.—Por lo menos tú no irías a llamar a tu parentela...

Constantino.—La cual no hiciste constar que fuera numerosa, **porque no venía al caso.**

Ruiz Vallés.—¿Ibamos a repetir las escenas venecianas de «Montescos» y «Capuletos»?

Constantino.—¿Dices las del drama de Romeo? «¡Ay, mi dulce amor...!»

Trigecio.—Y aun ahora, «Amor de las tres naranjas»...

Constantino.—Cuando no de las cuatro, según se metió con las videntes de Garabandal...

Trigecio.—Dijo: «Coadyuvo a la destrucción de los enemigos de Dios y de la Patria.»

Constantino.—Hizo un vago e inconcreto historial de méritos ajenos...

Trigecio.—A los cuales él añadió: «Yo me apunto».

Ruiz Vallés.—Simple modestia: el historial, Plauto se lo completa diciendo:

«Me acuerdo de que mataste
ciento cincuenta en Cilicia,
llegaron a un centenar
los de Escitolatrocinia,
treinta en Sardes, más sesenta
en Macedonia bendita.
¿Cuántos suman? Siete mil
todos en un mismo día.»

(Plauto: **El soldado fanfarrón**, acto I.)

Constantino.—Leo que Arredondo dice: «Le ponen a uno en el brete de dispararse cuando a ese uno le lanzan hábilmente un mentís.» Si Arredondo está en el brete...

Trigecio.—Y si Arredondo se lanza...

Ruiz Vallés:

«El, soplando con el buche
avienta, demoledor,
las legiones, cual el aire
la hojarasca en derredor.»

(Plauto: **El soldado fanfarrón**, acto I.)

Hablaba el amigo, en tanto el mar violento parecía irrumpir con gran estrépito de sus revueltas olas. Pero el acantilado, firme y seguro, las frenaba. También los versos de Plauto, escogidos con gracia parecían, al conjuro de sus palabras, deshacer en blanda espuma las furias de Arredondo, y todo hubiera acabado aquí si la conversación, tomando pábulo en la materia, no hubiera incidido en otras cuestiones de índole más general, sobre las formas y maneras de escribir en su doble aspecto ético-literario, y todo ello en torno al iniciado tema de las apariciones de Garabandal. Cómo se desarrolló esta fase de nuestras pláticas es algo que habremos de dejar para el próximo acto y número de ¿QUE PASA?

TRIGECIO

LOS HAY MUY GRACIOSOS

La iglesia de la ciudad de X se hallaba repleta de fieles. Estaba preparada la imagen de la Patrona para ser llevada procesionalmente y todo dispuesto para celebrar la santa misa, última que se celebraba en la población en aquel día festivo. La hora de la misa pasó y en la iglesia, de la que estaba encargada una comunidad de religiosos franciscanos, no se encontraba sacerdote alguno.

De pronto se vio venir un coche a gran velocidad, mucha más de la permitida, y parar en el atrio de la iglesia. Descendió rápidamente un religioso que muy aceleradamente penetró en el templo y sacristía, de donde salió poco después revestido y comenzó la misa. Después fueron llegando religiosos y más religiosos, hasta una veintena, y terminada la misa comenzó a organizarse la procesión. Antes y durante la misa, los confesonarios, rodeados de penitentes, no tuvieron confesor. ¿Para qué? Eso se usaba antes, en el viejo estilo, en el apostolado antiguo. Cuando todo el día estaban de continuo los religiosos atendiendo a los fieles; pero ahora han cambiado los tiempos, el apostolado moderno exige otras atenciones y a ellas se dedicaron los frailes del aludido convento en la tarde de un domingo, olvidando la justicia y la caridad con las que debieron atender a los devotos; olvidando los votos, principalmente el de pobreza, y muchas otras cosas que un franciscano no puede ni debe olvidar.

Todo esto me decían dos vecinos de la localidad X y, por fin, pudimos preguntarles que dónde estaban y de dónde vinieron los frailes, a lo que replicaron: «Estaban en los toros y de los toros venían».

¡Oh, bendito Padre San Francisco! Oh, benditísimos mártires y confesores, canonizados o sin canonizar, pero siempre fieles a la Regla del Fundador! ¡Oh, fervorosos guardadores de esa Regla!

¿Qué decís de vuestros hijos y hermanos que dejan los fieles, el convento, sin atender a los fieles, y se van a los toros? ¿Habrá autorizado esto el Concilio? ¿Acaso el Capítulo? ¿Podrán seguir repitiéndose estos escándalos y los de «Espigas y Azucenas» y de otras revistas, como «Hechos y Dichos», de los jesuitas, de la que el padre Peiró ha afirmado ser del tipo, y aún peor, que «El País» y «Las Dominicales»? **Vae vobis a escandalis!**

BRUJA VERDE

Indalecio Prieto, en «El Liberal», de Bilbao», del 11 de febrero de 1936, denunciaba lo que se proponía el Frente Popular. Entre otras cosas, las siguientes:

«Disolución del ejército y reorganización inmediata del mismo, a base de la reducción de sus contingentes y de la separación de todos los generales, jefes y oficiales, sin más excepciones que aquellos que hubiesen revelado, sin tibieza, su adhesión al régimen.

Disolución de la Guardia Civil y reorganización de todos los Institutos armados al servicio del Estado. Núcleo principal serán unas milicias reclutadas entre los afiliados a las organizaciones.»

A LA MEMORIA DE UN FRAILE DE LEYENDA

El Padre Mariano de Sangüesa, Capellán del Tercio del Rey

Por PILAR ROURA GARISOAIN

¿Quién me iba a decir que nuestro afecto terreno iba a durar tan poco? ¡Cómo duelen estas inesperadas pruebas de la Providencia, que cortan lazos entrañables y que nuestra humana condición se resigna difícilmente a aceptar!

Me cuesta y me costará hacerme a la idea de no volver a ver en este mundo al bondadoso y admirable capuchino de luengas barbas blancas, cuya majestuosa figura evocaba la del apóstol San Pedro.

Le conocí, aún no hace tres meses. Los dos fuimos a Pamplona; él, desde su convento de Zaragoza; yo, desde Irún, para incorporarnos a la peregrinación navarra que se disponía a recorrer los frentes de Somosierra y Guadarrama, con culminación en el Alto de los Leones. El Padre Mariano fue el alma de nuestra expedición. Ya antes de salir de la estación de autobuses empezó con él un largo y conmovedor anecdotario perfumado de recias y puras esencias carlistas. Desconsolado se dio cuenta que, en su precipitación, al salir de Zaragoza, ¡se le había olvidado su boina roja! Un requeté de Pamplona envió una de sus hijas corriendo a casa a buscar la preciada prenda, sin la cual al Padre Mariano le hubiese faltado la aureola con la que, ahora, habrá entrado en el cielo por la puerta grande.

Todas las demás mujeres de la peregrinación iban acompañadas de sus maridos; el P. Mariano se enteró que yo soy viuda, y desde ese momento, con paternal bondad, me dedicó atenciones y delicadezas que no olvidaré jamás. No podía verme sola, su voz grave y cariñosa lanzaba mi nombre (me felicitaba por llevar el de la Pilarica aragonesa, la primera advocación de la Virgen en tierras de España, me decía), y me dedicaba largas charlas, evocando sus recuerdos de la Cruzada. Ya cité alguno en la crónica que dediqué a nuestra peregrinación. Recuerdo otro que apunté, pero no fue publicado; debió llegar fuera de fecha a «EL PENSAMIENTO NAVARRO». Lo citaré ahora, para que sea conocido. El P. Mariano, después de muchas gestiones y apelando a muchas influencias (lo que no es loable, en muchos casos, en esto era maravilloso), consiguió incorporarse al frente, y nada menos que como Capellán de la segunda compañía del Tercio del Rey. Este estaba metido en pleno «fregao», empleando un término de la época, en unas posiciones apenas separadas por unos metros de las trincheras enemigas, y aquí se sitúa la anécdota heroica y emocionante. El primer contacto del P. Mariano con la tragedia de la guerra le impresionó profundamente; tuvo que asistir a «su primer muerto», en terreno batido por las ametralladoras rojas, y se trataba de un requeté de su Tercio, llamado Ciríaco, padre de seis hijos, con el rostro destrozado por la metralla, pero todavía conservaba el conocimiento, para señalar, apretando la mano del Pater, que oía y entendía sus exhortaciones, y a la pregunta si ofrecía gozoso su vida por Dios y por España, hizo entender que ¡SI! ¡Así eran nuestros «BOINAS ROJAS», y así era, también, el heroísmo de los apóstoles, como el P. Mariano, que exponían su vida, para llevar el último consuelo, la afirmación de que el sacrificio no era inútil, a los que iban dejando sus vidas, día a día, por la salvación de España y el reinado de Cristo en la tierra.

El P. Mariano, como tuve ocasión de señalarlo, había dejado un recuerdo imborrable en todos los pueblecitos en donde estuvo con su Tercio, y en particular en Casas de San Galindo, donde era tan popular que no había habitante que no tuviera algo que decirle, cuando allí nos paramos para que él oficiara la misa por los muertos de la Cruzada. ¡Cómo van a sentir su muerte estos castellanos hermanados con los navarros, que les ayudaron a reconquistar, primero, y a conservar, luego, este trozo de Castilla para España! ¡Les va a costar creer, como a mí me ha costado, que «su querido Páter», que hace tres meses, vieron lleno de vida, incansable, jovial, alegre, con una palabra paternal para todos y cada uno, y al que despidieron con un cariñoso «¡hasta el año que viene!», ya no volverá a decir misa en su pequeña iglesia, que tanto contribuyó a reconstruir y a hermosear, apelando para ello él, que no tenía nada, a la generosidad de su Navarra!

Me separé del P. Mariano a nuestro regreso a Pamplona, prometí escribirle y enviarle el libro «EL PRINCIPE REQUETE», dedicado por su autor, Ignacio Romero Raizábal. Le volví a ver, unos instantes, al día siguiente en la Plaza del Castillo; nos saludamos con alegría por el encuentro casual, y me dijo que iba de prisa, en compañía de Antonio Lezaún, el hermano del requeté «Marquicos» (del que luego volveré a hablar), que le llevaba a su casa de Arazuri, para visitar a sus ancianos padres y evocar, una vez más, el recuerdo imperecedero del hijo muerto.

Cumplí con gozo mi promesa, le escribí y le envié «EL PRINCIPE REQUETE», con sentida y cariñosa dedicatoria del autor, y también mis crónicas «El Alto de los Leones» y «Boinas Rojas». No tardó en contestarme; su carta, llama viva de fervores carlistas, es hoy para mí como una reliquia. No puedo citarla toda, porque sufriría mi modestia; me tomó tanto cariño, en tan poco tiempo, que aquél le cegaba, y le hacía dedicarme elogios que no merezco. Pero sí diré que le entusiasmó la lectura do «EL PRINCIPE REQUETE»; me decía: «Este libro es de los que se leen de un tirón, lo encuentro interesantísimo y maravilloso, he agradecido vivamente la dedicatoria del autor, el cual sin conocerme todavía personalmente me tiene tan delicada consideración. Te incluyo una tarjeta para él, y si en tu próxima me das su dirección, le mandaré un saludo cariñoso.» Añadía: «Me figuro que este artículo tuyo (se refería a «BOINAS ROJAS») irá también a nuestro valiente y honrado ¿QUE PASA?; allí volveré a leerlo, si Dios quiere...» Lo que me decía después, Dios lo dispuso de otro modo, pues escribía: «Quiera el Señor otorgarnos alguna nueva oportunidad para hablar de nuestra gloriosa gesta y de nuestra incomparable muchachada... Tengo muchos episodios que te gustarían y que quizá te dieran pie para alguno de tus estupendos (¡perdón, lo decía él!) artículos... Son cosas que conviene recoger y que marcan y definen maravillosamente la fisonomía e idiosincrasia de nuestros valerosos y UNICOS REQUETES...» (con mayúsculas en el texto), y finalizaba: «¿Me escribirás, Pilar?... Que lea muchos artículos tuyos en nuestra prensa... y que nuestro bendito lema «DIOS, PATRIA Y REY» vaya adelante, adentrándose en la conciencia de todos los buenos españoles.» Le volví a escribir, y me extrañaba su silencio. ¡Ahora comprendo el motivo! ¡Cuántos recuerdos de gestas heroicas se han ido a la tumba con el P. Mariano! ¡Qué pena no haberlo conocido antes!

Este era el que fue Páter de la segunda compañía del Tercio del Rey, un fraile de leyenda, ¡cómo fueron de leyenda y de romance sus requetés! Para recibirle, habrá encontrado en la antesala del cielo a «Marquicos», a Ciriaco y a tantos otros, que no tuvo tiempo de nombrarme, y que él ayudó a traspasar el umbral de la Casa del Padre, cuando ofrendaron sus vidas por tierras de Castilla.

Al rendir homenaje a su memoria, me hago eco de unas palabras de nuestro Rey Javier: «Es un deber de gratitud hacia los que han pasado al gran ejército de la Eternidad.»

Para terminar, pido (aunque no le hará falta) una oración por el alma de nuestro inolvidable Capuchino, a todos los que le conocieron, habitantes de Villanueva de Argecilla (yo no recordaba, al escribir mi artículo «Boinas Rojas», que este es el pueblecito donde para construir el Sagrario se utilizó la sangre de «Marquicos» Lezaún, el joven requetés de Arazuri, casi un niño, muerto en aquel lugar; el P. Mariano me lo recordó en su carta), de Casas de San Galindo, de Jadraque y de tantos otros lugares, y también de Guadajara, la capital, y a vosotros, carlistas de esta provincia; a ti, en particular, Luis Ostalé, querido correligionario, que estuviste con nosotros, participando en los actos y en la comida de hermandad que nos reunió en Jadraque, y nos acompañaste, si mal no recuerdo, hasta Sigüenza.

Y a ti NAVARRA, que en tu tierra bendita cultivas almas de este temple, y a vosotros, requetés del Tercio del Rey, que conocistéis los desvelos, las bondades y el espíritu heroico de vuestro Páter, os pido que no olvidéis la memoria del Padre Mariano de Sangüesa, el fraile de figura de apóstol, con aureola de BOINA ROJA.

Desde Irún, a 21 de septiembre de 1967.

HABLA EL CONCILIO VATICANO II

XXVIII.—LENGUA LITURGICA

«Se conservará el uso de la lengua latina en los ritos latinos, salvo derecho particular.

Sin embargo, como el uso de la lengua vulgar es muy útil para el pueblo en no pocas ocasiones, tanto en la misa como en la administración de los sacramentos y en otras partes de la liturgia, se le podrá dar mayor cabida, ante todo en las lecturas y moniciones, en algunas oraciones y cantos...

Será de la incumbencia de la competente autoridad eclesiástica territorial determinar si ha de usarse la lengua vulgar y en qué extensión; estas decisiones tienen que ser aceptadas, es decir, confirmadas por la Sede Apostólica.»

(Const. sobre lit., núm. 36.)

CARTAS POLITICAS

Por FERNANDO LUIS GRACIA

A LOS ELECTORES DEL MARTES PROXIMO

Queridos amigos: En el campo político, la verdadera grandeza de ánimo estriba en servir a lo justo y perfecto, o si lo prefieres, a lo que creemos como tal, sin concesiones de ninguna clase. En este servicio debe buscarse el comparar ideas, pues si de la discusión política pocas veces nace la luz, por lo menos afianza nuestro convencimiento y da ocasión de difundirlo y perfeccionarlo. Es necesaria la crítica ajena a nuestros pensamientos, crítica razonada y también apasionada; ol que desanima es la indiferencia o el silencio, el gesto cansado de quien se detesta oír la verdad porque le molesta o asusta. Hay muchos que desoyeron su conciencia política y se entregaron a la vida cómoda, presta a plegarse a cualquier impulso que se la asegure aún a costa de concesiones vergonzosas. Son éstos los que no quieren saber nada de la verdad, prefieren creer que no existe y si la ven la desdeñan, combatiendo las posturas firmes que puedan recordárseia o poner en peligro su carcomida honorabilidad política.

Por lo que tiene de contagiosa esta postura es necesario reclamar virilidad ante la política; basta de concesiones y resignaciones fáciles; se impone un NO rotundo contra cuanto sea debilidad y turbios manejos; puede doler, hay vergüenza humana, miedo al ridículo, al ¿qué dirán? al otro lado de nuestras fronteras; pero considera que ciertas cualidades colectivas como dignidad, confianza, honor, sólo se pierden una vez y ya nunca se recuperan, y el gobierno y la convivencia en una nación descorazonada, es imposible o ingrata. Reconozco lo sencillo que es consentir y tolerar; resulta más duro plantarse contra la corriente venga de donde venga. Es privilegio de hombres tener la valentía necesaria para gritar «No» frente a la renuncia de algo importante.

Te dirán que ninguna ideología de las llamadas «anti», es beneficiosa para el pueblo, porque niegan y no ofrecen nada positivo. En realidad, cada afirmación encierra una negación: afirmamos una cosa y tácitamente negamos lo que a ella se opone, y viceversa: negamos algo y consecuentemente aceptamos lo que no sea este algo. Es una operación de higiene política negar una porción de ideas. Es más, todo sistema tiene dos partes, una negativa y otra positiva; por la primera se opone y se manifiesta notoriamente defensiva, contraria a algunos supuestos cuya vigencia es incompatible con sus predicados; por la positiva, guardada por aquellas negaciones, se manifiesta la gama de posibilidades, tarea y fin de los que aplican el sistema. En nuestra hora, dominada por el más estridente confusionismo político, es ante todo necesario ser «anti» para salvaguardar el contenido de lo que constituye nuestra meta política.

Es alarmante ver cómo en España, siguiendo campañas mundiales, se exaltan las delicias de la democracia, identificada como envoltura externa de cualquier gobierno, haciendo creer que lo que no sea sufragio universal ya es tiranía. No hay tiempo ni espacio para comparar las diversas formas de gobierno; basta resaltar que desde hace siglos se confunde lo externo con la esencia; que la democracia bien entendida consiste en el gobierno para el pueblo, en vez de gobierno del pueblo, esto es, gobernando para él, no sobre él. Porque muchas democracias son simples dictaduras y aristocracias de partidas, y en lugar de gobernar uno por derecho propio o por la fuerza, gobiernan un equipo con la base de elecciones a lista única o a candidato más rico y más fuerte, con lo que resulta una especial tiranía más difícil de evitar porque apenas hay una cabeza visible. Es todo el sistema el que oprime indefinidamente.

La suprema institución democrática, la mayoría como equivalencia de la voluntad deseada por el pueblo,no es otra cosa que la traducción hipócrita de la ley del más poderoso, entendida aquí como ley del más numeroso. Y la libertad, inspiradora —dicen— de la democracia, se ve limitada y reservada para las personas, actos y pensamientos acordes y tolerados por la misma democracia. Esta farsa política, esta selva de clanes e intereses disimulados por una libertad profanada a cada instante, es la que niego y quisiera que todos negaran.

Porque la libertad, que podría otorgarse absoluta al individuo en el orden moral, de nada le sirve en la sociedad si los demás no la respetan, y el mutuo respeto y límites de esta facultad constituye el orden, que es la versión política del concepto de libertad. Respecto a la división de poderes, lo realmente democrático está en que el gobernante sirva a los intereses nacionales como mejor crea, y esto exige firmeza y disciplina. Las mayorías tumultuarias en las que triunfa la pasión o el arreglo tienen bien poco de democracia; la verdadera está en la representación orgánica y en la opinión espontánea cualificada luego por el poder público. Además, opinión y libertad son atributos limitados de los que se puede prescindir cuando sean estorbo a la realización de las funciones políticas. De aquí que el único ideal democrático (utilizando el vocablo en la acepción que antes te he indicado) sea el gobierno tendente a la elevación de los ciudadanos y el cumplimiento del destino histórico de la Patria. Y esto no tiene forma precisa, se halla en las formas de poder más dispares; podría muy bien citarte dictaduras o imperios más democráticos que muchas repúblicas de cuño liberal. Todo régimen que posea un orden estable, que gobierne según opiniones formadas en la conciencia popular, corregida por criterios convenientes, y que realice la justicia de unos fines dignos, es esencialmente libre sea cualquiera la forma y método político de mando.

Con estos presupuestos es comprensible negar la entrada a la otra democracia, la del desorden y la mentira institucionalizada. En cambio, parecen desearla muchos que reclaman posturas y se obstinan en boicotear los firmes pasos que se van dando hacia la liberalización política, excesiva ya en algunos puntos. Especial libertad la suya, pidiendo representatividad que no otorgan en sus feudos, y si se da en España la hostigan, motejándola de falsa, negando al pueblo el derecho de aceptarla o reformarla con su consenso. Si a pesar de todas las versiones desfiguradas y las consignas abstencionistas, se abren aquellos cauces populares, entonces los califican de insuficientes. En nombre de su democracia se impide a un pueblo decidir su destino y el modo de regirse, aceptando con su práctica, y para ellos, el monoteísmo político que rechazan en teoría para los demás.

Digamos de una vez que esos bien orquestados propagandistas de la democracia ilimitada lo son porque entendido de un modo específico la libertad, y militando en fuertes grupos de presión, económicos o políticos, saben que si se establece su política, ellos serían los predominantes, imponiéndose a la falta de cohesión y práctica política de los demás y legítimos grupos; aunque existiera un equilibrio, les bastaría para poder seguir su cabildeo y politiqueo estéril.

Estando así el mundo, comprendo que no te sorprendas de la postura apolítica que se deja sentir cada día en mayor grado en todos los países, cristalizada en la muda protesta de la indiferencia, o en la más ruidosa de algunas juventudes desquiciadas, con su rebeldía injustificada y reprobable en su expresión, pero lógica en un ánimo decepcionado por una sociedad, por una política en la que sólo brilla la superficial felicidad de la conveniencia y la economía, con desprecio del alma.

Contra esto, se ofrece la inmensa posibilidad de la libertad auténtica, sin intermediarios entre el hombre y el poder, sin partidos que vicien la voluntad popular con su actuación llena de odio y mentira; libertad a través de la única representatividad natural de la familia, el municipio, el trabajo, el ente cultural, y todo ello dentro de la misma comunión de trabajos e ideales. El poder ya no es el anónimo de la política planificada, sino el mando visible encarnación de las ansias particulares y nacionales a las que impulsa. Y la mirada no está fija en materialismos vulgares; se acepta procurar el bienestar nacional; pero, sobre todo, atendiendo al fin trascendental del hombre, se procura su dignificación y se avanza por los gloriosos senderos de la España clásica. Aquí está el auténtico gobierno del pueblo, y por serlo no se permitirá que al amparo de la libertad se burle su sentido y se prepare el terreno y las conciencias para intentar introducir democracias malignas rechazadas antaño por las armas y las leyes. Diversidad de opiniones sí, pero dentro de la comunión de ideales nacionales; fuera de ellos no hay orden, justicia ni legalidad posible.

España ha sufrido suficientes experiencias democráticas para saber que no le convienen y rechazarlas de plano. España, y gozosamente lo digo, no es una democracia corrompida ni lo será, entérense bien los innovadores. Si todas las doctrinas se superan con el tiempo, aquel modo de democracia también está desfasado definitivamente y los españoles de toda condición le dicen de nuevo NO.

A estas mentes obcecadamente ciegas, que no aceptan que un reino o un cesarismo empírico pueda vivir en estado de derecho con la anuencia y refrendo de los ciudadanos, les aconsejaría un repaso, breve, pero provechoso, de nuestras Leyes Fundamentales. Porque diles a estos profetas del libertinaje si no es cierto que la voluntad del pueblo es soberana y, por tanto, inapelable razón de justicia de todo sistema, por lo cual la bondad y oportunidad de una forma política sólo viene determinada por este deseo colectivo de aceptarla como buena.

En el sentido personal de los españoles, en el texto de nuestro ordenamiento jurídico, está el repudio a aquella democracia. Y lo estuvo en la entrega generosa de los que dieron su vida por la victoria; está en los millones de votos que en referéndum clamoroso demostraron inquebrantable fidelidad a una política y un caudillaje fecundo; el sacrificio de los mejores y los votos de la paz no fueron para la democracia; no ganó un partido; se votó a un ideal, venció España.

De aquel famoso discurso de José Antonio, un 4 de marzo, en Valladolid:

Lo que queremos es que España, otra vez, se vuelva a sí misma, y con honor, justicia social, juventud y entusiasmo patrio, diga lo que esta misma ciudad de Valladolid decía en una carta al Emperador Carlos V, en 1516: «Vuestra Alteza debe venir a tomar en la mano aquel yugo que el católico Rey, vuestro abuelo, os dejó, con el cual, tantos bravos y soberbios se domaron; y en la otra, las flechas de aquella Reina sin par, vuestra abuela Doña Isabel, con que puso a los moros tan lejos.»

Pues aquí tenéis, en esta misma ciudad de Valladolid, que así lo pedía, el yugo y las flechas; el yugo de la labor, y las flechas del poderío. Así nosotros, bajo el signo del yugo y de las flechas, venimos a decir aquí mismo, en Valladolid. «¡Castilla: otra vez por España!»

¿Quién se cree «ABC» que, después de Franco, es Carlos V?

REFUTACION DEL PROTESTANTISMO

(CARTA DE UN PROTESTANTE CONVERTIDO)

POR P. CATALAN

Un sacerdote, amigo mío, ha hecho llegar a mis manos la copia de una carta de un protestante por él convertido que me permite publicar, dejando a un lado las señas de los protagonistas, por razones que no se ocultarán a los lectores. Respondo de la autenticidad de la carta y de los hechos, de suerte que no es invención literaria para probar la falsedad de las doctrinas protestantes. Reproduzco la carta con toda fidelidad, incluso con los errores gramaticales y su construcción, que al menos perito le indicará la región del protagonista.

Rdo. Sr. D. ....

Muy estimado señor: En esta sencilla misiva quisiera que le llegara a usted toda la gratitud y estimación que hacia su persona siento. Me doy perfecta cuenta de lo mucho que ha significado y a buen seguro seguirá significando, para el buen encauzamiento de mi fe y de la mucha paz que ya en estos momentos siento en mi espíritu. Ruégole no dé a estas palabras un sentido de alabanza hacia usted (aunque lo tenga merecido), pues ya será el Señor quien lo haga, sino como la expresión de un sentimiento que abunda en mi corazón por su ayuda desinteresada y abnegada en abrir mis ojos a la Verdad.

Durante toda la semana recuerdo sus palabras, sus explicaciones, sus argumentos, y a decir verdad, cada vez las hallo más convincentes, más sensatas y también (y esto ya me duele más confesarlo) más acordes con el verdadero espíritu evangéiico.

Me duele confesarlo, porque he sido herido en mi vanidad, en mi orgullo, toda vez que me creía sabio en las Sagradas Escrituras, y además creí en mi soberbia que podría discutir con éxito con quien fuere. ¡Cuánta ignorancia, Dios mío, y cuán lejos de la verdad!

HOY ESTOY EN CONDICIONES DE PUBLICARLO:

Toda la tesis de las distintas iglesias protestantes se derrumba por sí sola.

1.º Porque dichas iglesias se fundamentan en la forma y no en el fondo. Usando formas que intentan ajustarse mejor a los hechos de las primitivas iglesias, intentan desvirtuar las palabras de Jesucristo y las de los mismos apóstoles. Por no citarlos todos, dos ejemplos:

Al administrar la Eucaristía lo hacen bajo la forma de pan y vino, con lo que parecen ajustarse al espíritu o mejor a la forma evangélica; pero niegan la transustanciación, que es lo principal. Con ello enmiendan la plana a Jesucristo mismo y al apóstol San Pablo. Las palabras de Jesús son terminantes: «Este es mi cuerpo y esta es mi sangre.» Y San Pablo nos refiere el tremendo delito de que se hace reo el que lo come y bebe indignamente. ¿Cómo es posible que bajo una forma al parecer justa se reniegue del fondo, del dogma, del mismo espíritu evangélico? Cuando San Pablo usa palabras tan explícitas para prevenir a lo que se expone el que indignamente toma el cuerpo de Jesús, es porque considera dicho acto de importancia capital. Y ¿cómo podría revestir tal importancia si en la sagrada forma no estuviera Jesucristo mismo?

En el bautismo ocurre lo propio; en la penitencia, otro tanto, y en detalles que no revisten tan capital importancia igual sucede, como en el celibato. Cuando el joven pide a Jesús lo que ha de hacer para ser perfecto ya sabemos lo que Este le contestó. ¿O es que se puede pretender la perfección evangélica con esposa e hijos? ¿No puede exigirse a un pastor de almas que está dentro del camino de perfección? ¿Tan insignificante es el ministerio sagrado?...

2.º Dichas iglesias protestantes no tienen razón de ser por cuanto desvirtúan las palabras de Jesucristo.

En mis inicios, dentro de la iglesia evangélica, se me indicó que en un principio (siglos I y II) la Iglesia católica era la única verdadera y que por divisiones de ésta habían surgido las diferentes iglesias (cismáticas y protestantes).

Esto lo considero hoy de una puerilidad tal que hasta me asusta el haber podido dar crédito a semejante simpleza. Y ahora yo pregunto: ¿Hay o no hay Fe?

Si para ser miembro de una iglesia es imprescindible la fe, sin la cual no hay iglesia posible; han demostrado no tener ninguna fe, ya que Jesucristo al fundar la iglesia (la suya) dijo textualmente: «Y las puertas del Infierno no prevalecerán contra ella.»

Es indudable que Jesucristo dotó a su Iglesia de una longevidad superior a todos los siglos y a todo lo humano.

Es evidente que para cualquiera que crea las palabras de Jesús sobran los cismas, los protestantismos y todo cuanto es ajeno a sus palabras.

¿Qué hay desviaciones? Pues a orar y a perfeccionarse, a implorar de su misericordia que nos vuelva al buen camino. ¿No nos ha dicho El que su iglesia no puede desaparecer? Pues lo lógico es confiar en sus palabras. Si no confiamos en El, ¿dónde está la fe? ¿En quién confiaremos? ¿En otro hombre igual a cualquiera de nosotros, que funde otra iglesia? Magnífica idea. Los protestantes que aseguran y se escandalizan de que la Iglesia Católica imprime a San Pedro el pastorado universal y, por ende, a sus sucesores, no sienten ningún rubor en fundamentar las suyas sobre un Lutero, un Calvino, un Zwinglio, etc ¿Es que es más Lutero o Calvino o Zwinglio o cualquiera que San Pedro?...

La sensación que hoy experimento en mi fuero interno es de que nosotros (los protestantes) hemos cometido el mismo pecado de los ángeles. Quizá llevados por un afán de perfección que estaba muy lejos de nosotros hemos querido profundizar mejorando el texto evangélico y hemos caído en el pecado de soberbia. Sin proponérnosio hemos dicho a Jesús: «Tú digiste Este es mi cuerpo y Esta es mi sangre...», y yo digo: «Tu querías decir: «Esto simboliza mi cuerpo y mi sangre.»

Tú en la cruz dijiste: «Hijo, he ahí a tu madre.» «Madre, he ahí a tu hijo», y yo digo: Sí, pero Tú querías decir a Juan que cuidase a tu madre, pero no que nos la dejaras por madre nuestra. ¿Cabe mayor disparate? ¡Cuánto me ruboriza y me pesa haber descendido tanto!

3.º La iglesia protestante con la libre interpretación bíblica está en contradicción con la voluntad del Padre y las enseñanzas de Jesús.

En los diversos libros del Antiguo Testamento, cuando Dios quiso dirigirse a su pueblo siempre eligió a una persona para transmitir su voluntad, Moisés, jueces, caudillos, reyes, profetas, etc. En ningún caso reunió a su pueblo y les dio sus órdenes en colectividad.

Jesús preparó a sus discípulos con especialidad destacando de ellos a Pedro con autoridad particular. ¿Por qué obra así Dios Padre y Jesucristo su Hijo? ¿Podría ocultarse al Dios Omnipotente y a su divino Hijo que sus palabras no serían interpretadas con igual buena voluntad por todos en general? Negar esto sería negar la divinidad del Padre y del Hijo, que ya sería el error máximo. Pues si Dios y Jesucristo han obrado según su sabiduría, ¿por qué no así la iglesia? (protestante).

Resulta de una pobreza espiritual horrible aquella iglesia en que cada miembro se rige por su real saber y entender y no según las normas que Dios y su Divino Hijo nos han dado.

Todo esto he ido meditando esta semana, gracias a la ayuda que usted tan bondadosamente me ha proporcionado. Y como deseo que sus sabias palabras no caigan en pedregal, aprovecho la tarde dominical para darle cuenta de mis meditaciones, esperando no importunarle en demasía.

A pesar de todas mis conclusiones, no creo que todavía pueda ser tenido por buen católico. Por lo pronto, creo debo hacer un examen de conciencia a fondo, y lo que más necesitaré de momento será el auxilio de la Penitencia.

Le suplico una intención en sus oraciones y que el Señor tenga misericordia de mí, y si su bondad así lo desea, me ofrezca la dicha de hacer algo por El, ya que tanto hizo por mí.

Con mi más sincero cariño reciba el saludo afectuoso de mi esposa e hijos.

Firmado.

Mis lectores podrán ver al través de las líneas de esta carta la lógica del razonamiento del convertido, la cual lógica, juntamente con la gracia de Dios, volvió al redil del Buen Pastor a una oveja apartada por las falsas teorías del protestantismo. El deseo de hallar la verdad, lo llevó al estudio profundo del protestantismo, y hallólo, con la gracia de Dios, como tantos protestantes de buena fe convertidos al través de los tiempos.

Los traductores del Leccionario y del Canon de la Santa Misa

(AL MUY ILUSTRE DR. D. JUAN-ANGEL OÑATE)

Nuestros lectores estarán más que asombrados de los muchos defectos, algunos graves, que el señor lectoral de Valencia ha venido señalando en ¿QUE PASA? en la traducción del leccionario y, últimamente, en la versión tan sagrada como la del Canon de la Santa Misa. Y no digamos los vicios y erróneas interpretaciones que advertimos en algunos misales destinados a los fieles que parecen nacidos más que con deseo de apostolado con avidez de acudir pronto y como sea a las demandas urgentes de cualquier empresa editorial.

La ignorancia es muy atrevida. Y no son precisamente los sabios, los prudentes y los cabales los constituyentes de esa «nueva ola». Los elementos que la forman se atreven a todo. Incluso a ocupar cátedras en la renombrada Salamanca y sembrar allí confusión esparcir los errores, incluso el marxista, y enseñar la indisciplina, como en alguna ocasión han realizado en nuestra presencia y con nuestra protesta algunos corifeos del progresismo, que pululan en la que fue luz esplendorosa antaño y es foco de error gracias a la asociación mutuobombística que allí tiene su sede con ramificaciones en toda la Península y de la que salió la «Operación Moisés», cuyos miembros están agazapados, pero no vencidos.

No debemos dejar de advertir del peligro progresista a los que tienen **ratione officii** el deber de combatirlo, aunque parezcan dormidos, pues quizá nuestras advertencias los despierten y esto hemos de hacerlo con mucha caridad, sí, con la máxima posible; pero también con mucha justicia.

Que ya va siendo hora de que la prudencia (muchas veces es el miedo) vaya dejando que los lobos ataquen el rebaño y los verdaderos pastores, aquellos cuyas son las ovejas, no las defiendan de los ataques y vengan los mercenarios, los enemigos de siempre y de ahora mismo, disfrazados de hermanos y hasta sin disfrazar, validos del halago inconsciente, si no peor, a sembrar el error, a envenenar las almas.

LUCIO DEL CAMPO

EL INFIERNO ENCENDIDO

POR RAFAEL GIL SERRANO

EL SALVADOR

Mis dilectas Pili y Mili: Por lo que dijo Nuestro Señor Jesucristo, según vimos en el artículo precedente, parece deducirse que, si bien perdonó siempre, no siempre se entrará en el cielo nada más que porque sí, ya que cada cual ha de poner algo de su parte para ir a él. ¿Cómo se explica esto? Sencillamente: Jesucristo vino al mundo como SALVADOR y en calidad de tal habló, no como Juez: «Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo **para que condene al mundo**, sino **para que sea salvado por él**» (1). «Quien oye mis palabras **y no las guarda, yo no le juzgo**, pues

EL JUEZ

yo no he venido para condenar al mundo, sino **para salvarle**» (2).

Pero..., ¿y cuando venga como JUEZ, no como Salvador? Porque... es cierto que ha de venir como JUEZ. «**El Padre no juzga a nadie; todo el poder de juzgar se lo ha dado al Hijo**» (3). Y si viene como Juez, no puede presentarse como un desconocido del que se escandalizan sus paisanos (4), sus parientes no creen en él (5) y lo toman como un trastornado (6); los desconocidos se ríen (7), los intelectuales lo calumnian (8), se mofan (9), lo acosan terriblemente (10) e insultan (11); los Pontífices le llaman blasfemo (12); todo un pueblo enloquecido pide su muerte (13) y que caiga sobre él su sangre y sus hijos (14), y hasta sus discípulos lo niegan (15) y lo abandonan (16).

NO; ¡ESO SI QUE NO! Un Juez en el desempeño de su función tiene que revestirse de todos los atributos de la Justicia y el Poder, máxime si se trata del Juez Supremo.

SI; el **JUEZ SUPREMO** será visto «sentado a la diestra del Padre y venir sobre las nubes del cielo» (17) «con gran poder y gloria» (18), «con gran poder y majestad» (19). Y para entonces ya dio respuesta: LA PALABRA QUE YO LE HE HABLADO, ESA LE JUZGARA EN EL ULTIMO DIA» (20). «Y los que hayan obrado rectamente resucitarán para vivir y **los que hayan obrado inicuamente** PARA SER CONDENADOS» (21). ¡¡¡PARA SER CONDENADOS!!! ¿Está claro?

EL JUICIO FINAL

Pues bien: «Cuando venga el Hijo del Hombre con su gloria y con todos sus ángeles se sentará en su trono de gloria. Y serán conducidas a su presencia todas las razas, y **separará unos de otros**, como el pastor separa las ovejas de los cabritos; y pondrá a las ovejas a su derecha y los cabritos a su izquierda. Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, los benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros» (22). Luego dirá también **a los de su izquierda**: «APARTAOS DE MI LOS MALDITOS. AL FUEGO ETERNO, **el preparado para el diablo y sus ángeles**» (23). «**E irán éstos** AL CASTIGO ETERNO, pero los justos a la vida eterna» (24).

EL FUEGO

Pero Pili y Mili: ¿os habéis fijado en las palabras del JUEZ SUPREMO? ¿No veis que APARTA A LOS MALDITOS AL FUEGO ETERNO PARA QUE SUFRAN EL CASTIGO ETERNO? Luego, si esto es así —lo dijo sin metáfora—, significa que el PERDON de Cristo no alcanzó a esos MALDITOS... Mejor dicho, sí les alcanzó, pero ¡**lo rechazaron!** Luego el INFIERNO... ¡TUVO QUE SER ENCENDIDO...!

Más exacto: el Infierno tendría que haber sido encendido en el supuesto de que hubiera sido apagado. De lo contrario, el Infierno habría quedado reducido a una especie de «coco» ficticio sólo apto para atemorizar a los tontos. Y lo peor de ello sería que **Cristo nos habría engañado.**

LA VERDAD

¡Y NO! ¡CRISTO NO ENGAÑA A NADIE! ¿Cómo va a engañar, si es «el Santo y el VERAZ» (25), que «se llama Fiel y VERDAD» (26), que es la misma VERDAD (27) y vino a dar testimonio de ella? (28). Y la VERDAD habló de esta manera:

a) **Respecto del perdón:** «**Si vosotros no perdonáis, tampoco vuestro Padre**, que está en los cielos, **perdonará vuestras ofensas**» (29). «Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres; pero la blasfemia contra el Espíritu Santo **no será perdonada. No se le perdonará ni en este mundo ni en el otro**» (30); «y reo será de pecado eterno» (31). A los Apóstoles antes de la Resurrección: «Os aseguro que cuanto atareis sobre la tierra, **atado quedará en el cielo**; y cuanto desatareis en la tierra, **desatado quedará en el cielo**» (32). Y después de la Resurrección: «A quienes perdonareis los pecados, **les serán perdonados**, y a quienes se los retuviereis, les serán retenidos» (33).

b) **Respecto del Juicio:** «A quien mucho se le da, **mucho se le reclamará**» (34). Algunos «han de tener **un juicio muy riguroso**» (35). «**Serán juzgados más severamente**» (36). «La muerte y el **Infierno** devolvieron los muertos que retenían **y fueron juzgados según sus obras**» (37).

c) **Respecto de la Condenación:** «Por tus palabras serás justificado y **por tus palabras serás condenado**» (38). «**Alejaos de mí todos los obradores de iniquidad**» (39). «Quien cree en el Hijo del hombre no está condenado; **el que no cree ya lo está**, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios» (40). «Sí, si no creéis que yo soy **moriréis en vuestros pecados**» (41. «Todos los que yacen en los sepulcros oirán su llamada (del Hijo del hombre); y los que hayan obrado rectamente resucitarán para vivir y **los que hayan obrado inicuamente** PARA SER CONDENADOS» (42).

d) **Respecto del INFIERNO:** «No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temed, más bien, al que **puede perder alma y cuerpo** EN EL INFIERNO» (43). «Te conviene perder uno de tus miembros y no que **todo tu cuerpo** SEA ARROJADO AL INFIERNO» (44). «DONDE SU GUSANO NO MUERE NI EL FUEGO SE EXTINGUE» (45). «**El que no está unido a mí es arrojado fuera** como el sarmiento y se seca; y lo recogen y lo arrojan AL FUEGO PARA QUE ARDA» (46).

Y es que, Pili y Mili, como decía San Pablo... ¡DE DIOS NADIE SE BURLA! (47).

---

(1) Jn. 3,17. (2) Jn. 12,47. (3) Jn. 5.22. (4) Mt. 13.57; Mc. 6.3. (5) Jn. 7.5. (6) Mc. 3,21. (7) Mt. 9,24; Mc. 6.40; Lc. 8.53. (8) Mt. 12.24; Mc 3,22; Lc. 11,15; Jn. 10.33. (9) Lc. 16,14. (10) Lc 11.53. (11) Jn. 8.48. (12) Mt. 26.65; Mc. 14,64. (13) Mt. 27.22-23; Mc. 15.13; Lc. 23.21-23; Jn. 19.15. (14) Mt. 27.25 (15) Mt. 26,69-75; Mc. 14. 66-72; Lc. 22. 54-62; Jn. 18.15-18.25-27. (16) Mt. 26.56. (17) Mt. 26.64; Mc. 14.62; Lc. 22.69. (18) Mt. 24.30; Mc. 13.26. (19) Lc. 21.27. (20) Jn. 12.48. (21) Jn. 5.29. (22) Mt 25.31-35. (23) Mt. 25.41. (24) Mt. 25.46. (25) Ap. 3.7.14; 6.10. (26) Ap. 19.11. (27) Jn. 14.6 (28) Jn. 18.37. (29) Mc. 11,26. (30) Mt. 12.31-32; Mc. 3.28-29; Lc. 12.10. (31) Mc. 3,29. (32) Mt. 1619; 18.18. (33) Jn., 20.23. (34) Lc. 12.48. (35) Mc. 12.40. (36) Lc. 20.47. (37) Ap. 20.13. (38) Mt. 12.37 (39) Lc. 13 27. (40) Jn. 3,18. (41) Jn. 8,24. (42) Jn. 5,28-29. (43) Mt. 10.28; Lc. 12.5. (44) Mt. 5.29-30; Mc. 9,43-47. (45) Mc. 9.48. (46) Jn. 15.6. (47) Ga. 6.7.

EN PURA LINEA CONCILIAR

Nuestro ilustre colaborador, P. Catalán, invita al diálogo al hermano separado José Company

Madrid, 27 de septiembre de 1967.

Señor don José Company.—Valencia.

Mi apreciado hermano en Cristo Jesús: La Dirección de ¿QUE PASA? se dignó publicar la carta de usted del 12 de los corrientes, en la que usted me aludía. Y por estas alusiones me creo en el deber de contestarla, para ver si podemos entablar un diálogo sincero y formal; porque le supongo a usted un hermano separado de buena fe.

Pero antes de iniciar el diálogo desearía que usted leyera y estudiara atentamente todos mis artículos publicados sobre los errores del protestantismo y una carta que publicará ¿QUE PASA? de un hermano separado que regresó a la casa paterna.

Luego tendrá usted la bondad de evidenciarme los errores contra la Sagrada Escritura en que yo haya podido incurrir al refutar los del protestantismo.

Además, si usted es un hermano separado de buena fe, como buen cristiano, amará la verdad, dejará a un lado el disco de los defensores del error y reflexionará sobre el cúmulo de inverosímiles errores y absurdos que se derivan de su afirmación de «que la Iglesia de Roma permaneció solamente cristiana hasta el Concilio I de Nicea» (325).

Entre los muchos que se siguen sólo le indicaré unos pocos.

1.º Según esa afirmación no hubo Iglesia verdadera en el mundo desde el Concilio de Nicea I hasta la fundada por Lutero, hacia principios del siglo XVI. Durante mil doscientos años en el mundo no hubo Iglesia verdadera.

2.º Según idcha afirmación Jesucristo resultó un mentiroso y falso profeta porque aseguró que jamás las puertas del infierno prevalecerían contra la Iglesia por El fundada sobre Pedro.

3.º Según esa afirmación, contra lo que prometieron, Jesucristo y el Espíritu Santo abandonaron su Iglesia. En este caso ¿cómo explica usted los grandes ejemplos de santidad de los millares y millones de Santos que tuvo en esos mil doscientos años la Iglesia de Roma si ella no era la Iglesia de Cristo? ¿Para qué se hicieron tantos milagros en la Iglesia Romana si estaba en el error? ¿Los hizo Dios para probar el error?

4.º Según esa afirmación, usted y los suyos tienen por miopes e ignorantes a los grandes sabios y doctores que ha tenido la Iglesia de Roma, los Basilios, los Gregorios, los Jerónimos, los Agustines, los Crisóstomos, los Ambrosios, los Leones, los Isidoros, los Tomases y tantos otros santos y doctores que no supieron ver durante tantos siglos los errores de la Iglesia de Roma y fue necesario que surgiera el SABIO Lutero para hacerlos ver a los cristianos.

No hablemos de la Reforma (¿?) que vootros «hicisteis de golpe» y que nosotros comenzamos en el Concilio de Trento, que tantos frutos de santidad ha producido, reforma que continuará hasta la perfección mayor posible. De esto ya dialogaremos cuando usted haya meditado y me haya contestado a las cuestiones propuestas.

La religión de Cristo no es sólo amor, sino que es Cruz, es sacrificio. Amaos los unos a los otros... El que quiera ser discípulo mío que tome su cruz...

Suyo atto. s. s. y h. en Cristo,

P. CATALAN

Dialogar con los marxistas, bueno; pero con los católicos, ¡no!

El Padre Llanos, el semanario "Ciudad", de Gandía, y la indefensión a que vienen siendo condenados los católicos que no arruinan su Fe conectándola con las legiones de Satanás

Un católico sencillo de la cristiana, católica, hermosa y fecunda Gandía, nos envía la carta que en el pasado mes de agosto envió al director del semanario «Ciudad», que bajo el «poético» signo de nueve estrellas de cinco puntas, se edita en el feraz y luminoso joyel civil y religioso de las tierras y los cielos valencianos, que es Gandía.

Don José del Cerro leyó en «Ciudad» unos artículos del P. Llanos. Ante ellos, el señor del Cerro no iba a ser una excepción: se crispó malherido en su corazón de español y su conciencia de católico. Y en culto a Dios y a la Patria le envió al director de «Ciudad» una carta replicándole al P. Llanos. ¡Ilusiones! La noble carta de réplica no mereció ser publicada por el semanario «Ciudad», que, por lo visto, a quienes pretenden «dialogar» los lanza contra sus blasones heráldicos, esto es, los «estrella».

Pues bien, lo que don José del Cerro, de Gandía, quiso decirle al P. Llanos, desde el semanario «Ciudad», y no pudo, por impedírselo su director, muy liberal y muy demócrata, es lo que va a decirle desde ¿QUE PASA?, que por muchos conceptos de carácter patriótico, moral y religioso, quisiera orgullosamente poder decir, como dice «Ciudad», que se redacta, imprime, edita y distribuye en Gandía.

He aquí la carta que rechazada por nuestro colega «Ciudad», honrosamente ofrecemos a nuestros lectores.

Sr. Director del semanario «Ciudad». Gandía.

Muy señor mío: Por casualidad caen en mis manos dos números de su semanario, en los que se publican dos artículos del P. José María Llanos, S. J., haciendo referencia a algunos problemas mundiales de actualidad, de esta actualidad angustiosa y agobiante de la que tantos no se dan cuenta. Pues bien, he leído y releído los expresados artículos varias veces, con extrañeza, con disgusto, con íntimo y profundo pesar. Ruego a usted, señor director, tenga la bondad de acoger en «Ciudad», tan dignamente regida por usted, estos comentarios que, a vuela pluma, me sugieren los escritos del P. Llanos. Y como no dudo que seré complacido, le expreso mi agradecimiento: gracias.

Tienen dos aspectos los artículos del P. Llanos: el religioso y el político-social. En los puntos religiosos ni entro ni salgo... Doctores tiene la Iglesia... Pero yo me regocijo, como sincero católico que soy, aunque indigno de serlo, de esos contactos entre católicos y protestantes, tan fraternales al parecer; ese ágape de Adijk, en Holanda, con rezos y cantos y conversaciones sobre los problemas angustiosos de la Iglesia. (¿De qué Iglesia?) Pero el mismo Padre Llanos confiesa que son cosas peligrosas, aventuradas...

En cambio, el P. Llanos toca puntos políticos y esto ya es harina de otro costal. Ahí tengo yo tanta autoridad como pueda tener él, modestia aparte. Y digo con toda franqueza que los escritos del Padre jesuita me producen profundísimo disgusto, por varios motivos: porque eso lo escribe un español, porque eso lo escribe un sacerdote católico (¡y de la Compañía de Jesús!), y porque eso se publica en la que siempre fue muy cristiana, en Gandía. Las autoridades que cita el P. Llanos son dignas de toda consideración: protestantes, marxistas..., ni un solo católico.

Así, Hromad, pensador protestante, dice: «Cuando un verdadero cristiano y un verdadero marxista se encuentran, entonces se pueden hacer cosas magníficas.» Ese honesto protestante insinúa algo que yo le aclararé muy gustoso al P. Llanos en el sentido de que tiene mucha razón, pero no en supuesto condicional como el luteranillo se explica, sino en pasado y presente, porque ha de saber el Rvdo. Padre que esos encuentros han sido realidad y lo son también en la actualidad, ahora mismo, en millones de ocasiones, entre verdaderos cristianos y verdaderos marxistas, siempre con el mismo invariable resultado: el marxista DEGOLLO MATERIALMENTE al cristiano. Como usted ve, algo magnífico que dura ya (Dios sabe muy bien por qué) medio siglo. Y el protestante sin enterarse, y el P. Llanos, tampoco. Desconozco al P. Llanos e ignoro, por lo tanto, la edad que pueda tener y sus circunstancias personales, pero créame el Rvdo. Padre que si él, como auténtico cristiano y sacerdote además, hubiese tenido allá por el año 1936 en cualquier punto de la geografía roja española un encuentro con un auténtico marxista habría sentido el Padre el más exquisito deleite espiritual y sus escritos, que comentamos, no tendrían lugar, por desgracia, y eso saldríamos ganando

Continúa el Padre con otra cita y otra autoridad indiscutible: el marxista Machovec (¿por qué dirá siempre marxista y jamás comunista?), que dice así: «Este diálogo entre cristianos y marxistas deberá ayudar a las dos partes a jugar un papel más verdadero y más profundo ante los peligros crecientes de deshumanización y de absurdidez de nuestra vida.»

Y yo me atrevo a preguntar al comunista Machovec, a través del jesuita P. Llanos, quién ha deshumanizado más brutalmente a la humanidad, sino el marxismo al negar al hombre toda espiritualidad, toda religiosidad, y al enseñarle que todo es materia y nada más que materia, y esta práctica absurda hecha durante años y años con habilidad diabólica, tal, que cómo no va a enquistarse en la débil mente de un obrero que, apenas sabe leer, cuando ha invadido incluso centros religiosos católicos que debieran estar inmunes a esta peste marxista, y se llega a esta incomprensible absurdidez: la oveja segura víctima propiciatoria, queriendo convencer a los católicos que lo más lógico, santo y puro y conveniente es que nosotros pongamos muy sonrientes y felices el cuello en el tajo... Y el comunista que tenga la cuchilla en la mano. ¡Nada más que eso!

Claro que si esa forma de predicar continúa abundando entre el clero católico, entonces nos ponen a los feligreses en la peligrosa disyuntiva de... hacernos moros.

Que dentro del clero católico en todas sus formas, el marxismo ha hecho estragos, no es un secreto para nadie, por desgracia; pero el P. Llanos con otro artículo pone al descubierto otro veneno, tan peligroso o más aún que el comunista, y sólo el título de su artículo ya lo proclama: «No hay otra bandera. El mundialismo.» De tal manera el judío Carlos Marx invadió su alma de sacerdote que ya le hace renegar hasta de su propia Patria.

En el expresado artículo el P. Llanos se lamenta del peligro que amenaza a la humanidad, y razón tiene de sobra; pero con este motivo hace una afirmación peliguada: incluso el Papa ha dejado sentado para siempre: la paz y el desarrollo de la humanidad no pueden ya resolverse a escala nacional, y fuera las Patrias. El arreglo mundial es este, según él P. Llanos: «...la aparición de una autoridad mundial, con su ejército mundial y su moneda mundial.»

Esto tiene una triste gracia; los internacionalistas sienten por instinto un odio profundo por todos los ejércitos, y hemos de suponer, apoyándonos en las peregrinas teorías expuestas con toda tranquilidad por el P. Llanos, que también él sienta la misma repulsión por la milicia guerrera, incluso por el Ejército de su Patria, y, sin embargo, estos antimilitaristas furibundos sueñan con dotar de un ejército poderoso a ese organismo mundial que pretenden, lo cual nos hace recelar algo inconfesable. ¿Para qué un ejército poderoso en un mundo sin fronteras y sin soldados? ¿Contra quién había de combatir? ¿A quién había de atacar? ¿Quién le había de agredir? ¿Y QUIEN HABIA DE MANDAR ESE EJERCITO? En fin, estas preguntas honradamente no tienen respuesta. Pero para su tranquilidad informaré al P. Llanos que ese ejército internacional que él propugna ya ha existido, precisamente en España; de todas las grandes ciudades de Europa y América se alistaron muchos miles, muchísimos miles de toda la cochambre humana de que tan prolífica se muestra nuestra civilización materialista y atea, y con esta cochambre se formaron las famosas Brigadas Internacionales que derramaron muchísima sangre de católicos españoles.

También existe esa «autoridad mundial» a que modestamente se refiere el P Llanos para evitar decir un Super-Gobierno Mundial, y se lo hago saber para su tranquilidad Ese germen de Super-Gobierno fue aquella Sociedad de Naciones que jamás evitó un conflicto, y que feneció de muerte natural en 1939, ante el mayor conflicto de todos, que no pudo ni supo evitar: la segunda guerra mundial. En nuestros días existe la O.N.U., otro germen de Super-Gobierno, que tampoco jamás resolvió o evitó una guerra, y que, seguramente, morirá de muerte natural cuando estalle la tercera guerra mundial. Tanto la S. de N. como la O.N.U., se han mostrado como organismos muy caros y perfectamente inútiles. Más aún, un dato que el Rvdo. P. Llanos puede ser que considere de algún interés: tanto en la S. de N. antigua como en la O.N.U. actual, el Vaticano fue sistemáticamente apartado. De manera que ya se ve la exactitud de aquella memez: «Cuando un verdadero cristiano y un verdadero marxista se encuentran se pueden hacer cosas magníficas.»

Porque tanto el mundialismo como el Super-Gobierno y un ejército mundial, y una moneda mundial, la O.N.U., y la S. de N., todo ello se ha cocido HACE MUCHOS AÑOS en cerebros judíos, al que hacen el juego de secular traición y engaño la masonería, siempre en contra de Cristo y de los cristianos.

Esta carta se hizo larga en demasía, y dejo de comentar, porque quizá el comentario resultase demasiado duro, ese exabrupto malintencionado que se le escapa al pobre P. Llanos, y que dice así, nada más: «... al mismo Dios en la práctica se le hacía combatir siempre del lado nacional...», y termino con el último comentario: explica el P. Llanos, a su manera, la paz. **«Las victorias de los más fuertes osaban llamarse paz. Así la paz octaviana, así la paz napoleónica, así la paz que aspiran algunos a llamar norteamericana, cuando acabe este pa's por aplastar a los inquietos vietnamitas.»** Pero no dice, y debió decir, así la paz marxista-soviética en Estonia, en Lituania, en Letonia, en Finlandia, en Alemania Oriental, en Polonia, en Hungría (¡Hungría, P. Llanos!), en Rumania, en Bulgaria, en Checoslovaquia, en Yugoslavia... Debió decirlo y no lo dijo, con lo que definitivamente el P. Llanos enseñó el plumero.

Reciba usted Rvdo. Padre, mis respetuosos saludos.

JOSE DEL CERRO

Gandía, 1967.

UN GRUPO DE REVERENDOS PADRES JESUITAS, REPLICAN AL FOLLETO DE SUS RR. PP. PROVINCIALES, TITULADO:

"Decreto sobre el ateísmo.- Comentario pastoral"

¿QUE PASA? se honra con la publicación que hoy inicia de un documento literalmente sensacional escrito por Padres de la Compañía de Jesús, en réplica documentada, fundamentada e incontrovertible, al lamentable folleto que ha sido distribuido a todos los Padres de la Compañía de Jesús, en el que de forma sectaria, llena de prejuicios, sin ningún atisbo pastoral y con politización manifiesta, demuestran desconocer o no entender el ser religioso de España.

Por esto, ¿QUE PASA?, que ama con verdadera devoción a la Compañía de Jesús de San Ignacio de Loyola, que nada tiene que ver con la de Teilhard de Chardin, demuestra su profundo amor a la obra del gran santo fundador de la Compañía divulgando las páginas escritas por varios jesuitas que siguen el espíritu que Pablo VI señaló en su discurso a la última Congregación General.

Los que suscriben han venido percibiendo reacciones espontáneas de los Nuestros acerca del folleto en cuestión, desde que fue repartido a todos y cada uno de los Padres de esta Provincia Tarraconense.

Aparte el parecer personal que pueda tener cada uno de los que suscriben, el carácter —desfavorable al folleto— de las reacciones percibidas les ha movido a considerar la conveniencia de estudiar qué pudiese haber de razonable en dichas reacciones, y de informar de este estudio a los RR. PP Provinciales, bajo cuya autoridad se ha editado y distribuido el folleto.

Así, pues, dejando siempre a salvo la buena intención de los miembros de la «Comisión interprovincial»; reconociendo asimismo y alabando la abundancia de datos y de bibiliografía; agradeciendo, finalmente, el trabajo que sobre sí tomó la mencionada Comisión y la buena voluntad con que a él se entregó, resulta, por otra parte, ineludible advertir algunos defectos, que incluso juzgamos de importancia, que hemos observado en el folleto, es decir, en el «Comentario» propiamente dicho y especialmente en el «Informe» que se inserta en el Apéndice.

Dividimos este estudio en tres partes:

A. Observaciones generales.
B. Errores, incluso doctrinales.
C. Omisiones.

Como, por otro lado, el estudio resultaría incompleto y hasta afeado si no se extendiera hasta las realidades y tareas constructivas, contiene otras dos partes positivas:

D. Causas reales de ateísmo.
E. Remedios y su aplicación.

A. OBSERVACIONES GENERALES

I. Comentario e Informe aparecen redactados según una mentalidad y una tendencia muy determinadas y no universalmente aceptadas ni mucho menos, que se reflejan no sólo en el enjuiciamiento de los hechos y datos, sino incluso en su misma exposición, descripción y expresión. Un ejemplo concreto (entre otros muchos que se podrían citar) lo hallamos en la página 63, donde se lee:

«... instauración (cristiana del orden de las realidades temporales) **que supone una transformación por la justicia, la caridad y la paz de muchas de sus estructuras actuales.** (Cfr. «Lumen gentium», núm. 36).»

Ahora bien, ya sea que por «transformación» se entiende el término en su propio sentido, ya sea que se quiera significar cambio y sustitución de unas estructuras concretas por otras, o también: sea laudable o censurable la tendencia a «transformar» estructuras, lo cierto es que ni «Lumen gentium» ni el Concilio entero dicen nada acerca del concepto expresado en el «Comentario» por las palabras textuales —aquí subrayadas— que le atribuye al Concilio. Este nunca habla de «transformación de las estructuras» (por muy halagador que suene el término a ciertas mentalidades actuales), sino de «llenar de espíritu cristiano... las estructuras». («Apostolicam actuositatem», 13.) Es verdad que «Gaudium et spes» observa que «en nuestra época se advierten profundas transformaciones también en las estructuras» (73); pero no sólo no expresa aprobación (ni en éste ni en otro ningún lugar), sino que mucho menos recomienda, aconseja, propugna, ni dice ser necesaria dicha transformación. Cualquiera que sea el juicio que merezca una determinada transformación de una concreta estructura, la frase del Comentario responde, tal como suena, a una mentalidad y una tendencia no siempre sana, además de atribuir abusivamente al Concilio un concepto que no ha expresado.

II. Debido a la expresada mentalidad y tendencia que ha presidido la redacción del Comentario y del Informe, uno y otro resultan faltos de la objetividad, sobre todo en lo que se refiere a la realidad española. En España existen hoy más ateos ciertamente que en otras épocas, especialmente en dos importantes sectores: el universitario y —tal vez no tanto —y el obrero; pero en los demás sectores (de que no hace mención el folleto) y hasta en los dos sectores mencionados, hay frialdad religiosa práctica más bien que ateísmo y aun más bien que indiferencia. Una enorme parte de españoles llaman al sacerdote o, por lo menos, lo admiten, al menos en la hora de la muerte (si ésta les da tiempo); lo cual no sucedería si fueran incrédulos ateos. La Comisión ha visto corroboradas por unos cuantos casos las noticias de libros extranjeros y ha generalizado demasiado.

III. También en otros aspectos caen ambos documentos en el defecto de la generalización. Así (y sin perjuicio de concretar más estos puntos más abajo) cuando censuran la «imperfecta imagen de Dios» que —dicen— se ha propuesto a los fieles, lejos de hablar en términos restrictivos o restringidos o con matizaciones, presentan —por otra parte, falsamente— el hecho como cosa universal. Esta generalización (que se observa en otros muchos puntos) es gratuita, también injusta y ofensiva y, por ende, opuesta a la caridad tanto más cuanto que nunca se insinúa ninguna excepción ni se aduce ninguna disculpa.

IV. La falta de objetividad y exceso de tendenciosa mentalidad que quedan anotadas en las tres observaciones procedentes sube de punto con la abusiva interpretación de las citas del Concilio y de la Congregación General y con el falso contenido que se les atribuye, como aquí vamos a relacionar.

Nota previa.—En todas las falsas citaciones y abusivas interpretaciones de textos —así como en los errores que luego se señalarán—, siempre cabe la disculpa de que los autores del Comentario e Informe no han querido decir lo que suenan las palabras, sino que no han acertado a expresar lo que querían. Pero también es verdad que no es al lector a quien toca el esfuerzo de adivinar el pensamiento de los autores a través de expresiones que en su sentido obvio significan lo contrario, ni le toca tampoco andar sustituyendo mentalmente palabras inadecuadas e inexactas por otras apropiadas. Es a un autor a quien toca el esfuerzo de buscar la expresión apropiada a su pensamiento. Así, pues, salvando intenciones, vamos a tomar las frases y palabras tal como suenan y según su obvio sentido y propio significado. Si se arguyere que la intención de los autores no fue la que sigue del sentido obvio de las expresiones,, no cabría otra respuesta si no la de que, a pesar de sus estudios de Humanidades, Filosofía y Teología, no han sabido expresarse como correspondía.

Igualmente hay que advertir que algunas de las engañosas citas —no todas— dejaría de ser tal si la cita se hubiera puesto unas cuantas palabras antes. Es una muestra de correcta citación, de correcto escribir y de honradez profesional poner la cita en el lugar que le corresponde, y hasta precedida no raras veces de la abreviatura «cfr.» si no se transcriben las palabras textuales.

Hechas estas dos salvedades, pasamos a la relación de las principales citas erróneas.

a) Página 63. El texto ya mencionado en A.I.

b) Igualmente, página 63: en la instauración del orden temporal, «los seglares cristianos —que deben ser en el mundo lo que el alma en el cuerpo— **desempeñan un papel fundamental.»** («Lumen gentium», núm. 38.)

No se encuentran en ese número —por más que resulten aceptables— las palabras que aquí van subrayadas.

c) Página 109, párrafo 33.2: «Como nota el Decreto (de la Congregación General) número 5 (citando «Ecclesiam suam»), y es de especial aplicación en España, existe una seria raíz de ateísmo en la IMPERFECTA IMAGEN DE DIOS que se permite y aun fomenta desde la infancia.»

Aparte la falsa universalidad del fenómeno, ni el Decreto ni «Ecclesiam suam» dicen nada de la «imperfecta imagen de Dios», ni de su permisión y fomento ni de la edad. El Decreto (y la encíclica) habla de que «las cosas divinas se propongan de una forma más elevada y pura» y de «purificar las representaciones de Dios»; pero nada dicen de aquella **imperfecta imagen de Dios** ni mucho menos de su fomento.

d) Página 100. Se aducen unas palabras del M. R. P. General sobre el P. Teilhard de Chardin. Los autores han tomado lo que les ha convenido, y han omitido lo que no habían de haber dejado. Nadie discute a Teilhard de Chardin su buena intención ni sus aciertos en lo que tengan de reales; pero ello no da derecho a ocultar (como sistemáticamente hacen sus entusiastas) los errores en que incurrió ni a dejar de precaver contra el peligro. Cosas que no calló el P. General, y sí los autores del Comentario.

e) Página 109, 33.3: «Como nota el Decreto (núms. 3 y 6), y es también especialmente aplicable a España, fomenta el ateísmo la implicación que aparece tener la religión (y concretamente la Iglesia como organización) con la injusticia social, los egoísmos de clase y otras manchas de nuestra sociedad.»

(Continuará.)